



La naturaleza
amenazada Miguel
Delibes

DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prólogo
Discurso de ingreso en la Real Academia
Prólogo a un libro sobre la caza de patos
La catástrofe de Doñana
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Este libro incluye tres obras del escritor español Miguel Delibes que, aunque de características diferentes, comparten un mismo tema: la defensa de la Naturaleza amenazada por la tecnología de nuestra avanzada civilización industrial.

Miguel Delibes

La naturaleza amenazada

Ediciones Destino

Prólogo

La amplia demanda de mi discurso de ingreso en la Real Academia, leído el 25 de mayo de 1975, hizo que la primera edición, realizada en Valladolid por la editorial Miñón, se agotara en un par de semanas. La destrucción de las planchas no permitió luego efectuar una segunda tirada, como hubiera sido mi deseo para corresponder a las peticiones de amigos y desconocidos interesados en el tema de mi disertación. Ésta es la razón de la edición comercial que pone ahora a la venta Ediciones Destino. Viajan con este texto otros dos trabajos míos que, en buena medida, guardan relación con aquél, puesto que ambos responden al común denominador de mi sentimiento hacia la naturaleza y el consiguiente temor a que una tecnología desbocada termine por destruirla. El primero de ellos es un prólogo-narración que escribí aproximadamente hace siete años, y en el que describo, junto a mi primera –e inolvidable– cacería de patos, la personalidad de los miembros del Club Alcyon con quienes pensaba escribir aquella obra que, por una serie de circunstancias, no llegó a ver la luz.

Finalmente, el volumen se cierra con un pequeño trabajo sobre el coto de Doñana, que visité en junio de 1973, y que me inspiró una serie de consideraciones principalmente de índole cinegética. Pocos meses después sobrevino la gran catástrofe ornitológica de todos conocida, hecho que me movió a volver a las marismas del Guadalquivir para observar con mis propios ojos el alcance del desastre que provocó la muerte de varias docenas de millares de aves acuáticas. Tras el desconcierto inicial, biólogos holandeses hablaron del botulismo como causa directa de la mortandad, pero esto, creo yo, no resta importancia a la denuncia que esbozo en mi artículo y que alude a los riesgos de la sequía en aquella zona y a las graves consecuencias que puede desencadenar el rociamiento de los arrozales con pesticidas de alta concentración, al ser arrastrados a los lucios que frecuentan en verano espátulas, ánades reales y otras especies. ¿Se desencadenó la epidemia de botulismo como consecuencia de esta contaminación o actuó esta contaminación como concausa del botulismo? Las investigaciones de biólogos españoles permiten afirmar hoy, sin ningún género de dudas, que los primeros millares de pájaros murieron debido al envenenamiento de las aguas, desarrollándose seguidamente el botulismo en los cadáveres en descomposición. En resumen, este libro que tienen ante ustedes es una nueva voz de alarma contra un progreso de atractiva apariencia pero donde la naturaleza –inexcusable para la vida– viene siendo sistemáticamente sacrificada a la tecnología.

Miguel Delibes
(1975)

Discurso leído en el acto de recepción en la Real Academia Española el 25 de mayo de 1975

Señores académicos:

Quiero empezar advirtiendo que a pesar de este frac o, quizá sería mejor decir, dada mi escasa afición a estos atuendos, de este disfraz, yo me considero humana y literariamente muy poco académico, al menos en el sentido tradicional de este término. Mis literaturas, deficitarias en tantos aspectos, no son precisamente admirables por su rigor gramatical y me consta, pongo por caso, que mis laísmos y leísmos son tomados a menudo como ejemplo, en algunas universidades, de lo que no es correcto hacer. Trato de insinuar con esto que mis escarceos literarios, desde su origen, han sido puramente intuitivos y si algo hay estimable en mis escritos, ello no se debe a mérito personal mío, sino a la circunstancia de haber nacido y vivido en Valladolid, ciudad y provincia que quizá no sean un modelo de buen decir castellano pero donde el idioma se manifiesta, en especial en los medios rurales, con una riqueza y vivacidad que todo el mundo reconoce. Una vez admitidas mis propias limitaciones, comprenderéis que mi gratitud hacia vosotros por el hecho de haberme acogido en esta institución dista mucho de ser un gesto formulario o de mero protocolo.

Vengo a ocupar en esta Casa el sillón que dejó vacante don Julio Guillén. Se da de esta manera la circunstancia insólita de que un marinero de segunda –que ésta es mi graduación militar– suceda a un almirante, siquiera sea en una actividad tan ajena a la táctica y la estrategia navales como puede ser la literatura. No tuve el gusto de conocer personalmente al señor Guillén, pero, aunque a distancia, siempre admiré en él dos cualidades fundamentales: su fidelidad al mar –o a la mar, como él prefería y solemos decir quienes en ella hemos vivido– y su asombroso polifacetismo. El almirante Guillén, si no un navegante avezado –aunque también lo fue en ocasiones, e incluso llegó a pilotar un «hidro» en el famoso desembarco de Alhucemas–, sí nos ayudó a descubrir la otra cara del océano: su historia, su literatura, su iconografía y su idioma. El almirante Guillén hizo de todo –escribió, montó un museo, organizó un archivo, perteneció a dos academias, decoró techos, modeló estatuas, pilotó globos y hasta, si hemos de creer a don Amancio Landín, tejió alfombras con sus propias manos– y todo lo hizo movido por su sentido de la belleza y por su pasión marinera. Tal polifacetismo, unido a su sensibilidad y a su sentido del humor –evidentes en todos sus escritos, incluso en los más estrictamente lexicográficos–, nos proporcionan una imagen del señor Guillén parecida a la de un esteta renacentista, un hombre exquisito que busca la perfección en todo, incluso en actividades aparentemente secundarias como la conversación y la cocina. Este culto a la exactitud y la belleza, que creo es la cualidad que mejor define a mi antecesor, se hace aún más reverente en su vasta obra literaria –desde *La carabela Santa María* a *Nostramo Lourido*– y muy concretamente en su bellissimo discurso de

ingreso en esta Academia, «El lenguaje marinero», pieza relevante y sabrosísima que tal vez únicamente estamos en condiciones de paladear en toda su rica gama de matices aquellos que hemos sido marineros antes que frailes. Este trabajo revela, por un lado, al gramático y al erudito y, por otro, al purista del idioma y al escritor de talento, cualidades todas ellas que definen al académico nato y que yo ahora, «al seguir sus aguas» –como decimos en terminología marinera–, me esforzaré en tener presentes.

(Vais a permitirme un inciso sentimental e íntimo. Desde la fecha de mi elección a la de ingreso en esta Academia me ha ocurrido algo importante, seguramente lo más importante que podría haberme ocurrido en la vida: la muerte de Ángeles, mi mujer, a la que un día, hace ya casi veinte años, calificué de «mi equilibrio». He necesitado perderla para advertir que ella significaba para mí mucho más que eso: ella fue también, con nuestros hijos, el eje de mi vida y el estímulo de mi obra pero, sobre todas las demás cosas, el punto de referencia de mis pensamientos y actividades. Soy, pues, consciente de que con su desaparición ha muerto la mejor mitad de mí mismo. Objetaréis, tal vez, que al faltarme el punto de referencia mi presencia aquí esta tarde no pasa de ser un acto gratuito, carente de sentido, y así sería si yo no estuviera convencido de que al leer este discurso me estoy plegando a uno de sus más fervientes deseos y, en consecuencia, que ella ahora, en algún lugar y de alguna manera, aplaude esta decisión mía. Vengo, pues, así a rendir público homenaje, precisamente en el aniversario de su nacimiento, a la memoria de la que durante cerca de treinta años fue mi inseparable compañera.)

El sentido del progreso desde mi obra

Debo reconocer que la elección de tema para mi discurso de ingreso en esta institución no me ha sido fácil. El carácter literario de la misma, me empujaba, casi fatalmente, en este sentido. Pero ¿cómo meterme en literaturas ante un auditorio tan competente en esta materia? Estaba, por otra parte, la actitud de mis compañeros periodistas, después de mi elección, poniendo el acento en mi vocación campestre; «Un cazador a la Academia», «Del campo a la Academia», «Un cazador que escribe», fueron titulares frecuentes en diarios y revistas en aquella efeméride. ¿No estarían ellos, al sentar estas afirmaciones verdaderas, abriéndome el cauce por donde mis palabras deberían discurrir? ¿Por qué no traer a la Academia una de las preocupaciones fundamentales, si no la principal, que ha inspirado desde hace cinco lustros mi carrera de escritor? ¿No es mi concepto del progreso algo que está en palmaria contradicción con lo que viene entendiéndose por progreso en el mundo de nuestros días? ¿Por qué no aprovechar este acceso a tan alto auditorio para unir mi voz a la protesta contra la brutal agresión a la naturaleza que las sociedades llamadas civilizadas vienen perpetrando mediante una tecnología desbridadada?

He aquí, en pocas palabras, la génesis de mi discurso de esta tarde. Cuando hace cinco lustros escribí mi novela *El camino*, donde un muchachito, Daniel, el Mochuelo, se resiste a abandonar la vida comunitaria de la pequeña villa para integrarse en el rebaño de la gran ciudad, algunos me tacharon de reaccionario. No querían admitir que a lo que renunciaba Daniel, el Mochuelo, era a convertirse en cómplice de un progreso de dorada apariencia pero absolutamente irracional. Posteriormente mi oposición al sentido moderno del progreso y a las relaciones

hombre-naturaleza se ha ido haciendo más acre y radical hasta abocar a mi novela *Parábola del naufrago*, donde el poder del dinero y la organización –quintaesencia de este progreso– terminan por convertir en borrego a un hombre sensible, mientras la naturaleza mancillada, harta de servir de campo de experiencias a la química y la mecánica, se alza contra el hombre en abierta hostilidad. En esta fábula venía a sintetizar mi más honda inquietud actual, inquietud que, humildemente, vengo a compartir con unos centenares –pocos– de naturalistas en el mundo entero. Para algunos de estos hombres la humanidad no tiene sino una posibilidad de supervivencia, según declararon en el Manifiesto de Roma: frenar su desarrollo y organizar la vida comunitaria sobre bases diferentes a las que hasta hoy han prevalecido. De no hacerlo así, consumaremos el suicidio colectivo en un plazo relativamente breve. Su razonamiento es simple. La industria se nutre de la naturaleza, y la envenena y, al propio tiempo, propende a desarrollarse en complejos cada vez más amplios, con lo que día llegará en que la naturaleza sea sacrificada a la tecnología. Pero si el hombre precisa de aquélla, es obvio que se impone un replanteamiento. Nace así el Manifiesto para la Supervivencia, un programa que, pese a sus ribetes utópicos, es a juicio de los firmantes la única alternativa que le queda al hombre contemporáneo. Según él, el hombre debe retornar a la vida en pequeñas comunidades autoadministradas y autosuficientes, los países evolucionados se impondrán el «desarrollo cero» y procurarán que los pueblos atrasados se desarrollen equilibradamente sin incurrir en sus errores de base. Esto no supondría renunciar a la técnica, sino embridarla, someterla a las necesidades del hombre y no imponerla como meta. De esta manera, la actividad industrial no vendría dictada por la sed de poder de un capitalismo de Estado ni por la codicia veleidosa de una minoría de grandes capitalistas. Sería un servicio al hombre, con lo que automáticamente dejarían de existir países imperialistas y países explotados. Y, simultáneamente, se procuraría armonizar naturaleza y técnica de forma que ésta, aprovechando los desperdicios orgánicos, pudiera cerrar el ciclo de producción de manera racional y ordenada. Tales conquistas y tales frenos, de los cuales apenas se advierten atisbos en los países mejor organizados, imprimirían a la vida del hombre un sentido distinto y alumbrarían una sociedad estable, donde la economía no fuese el eje de nuestros desvelos y se diese preferencia a otros valores específicamente humanos.

Esto, señores académicos, es quizá lo que yo intuía vagamente al escribir mi novela *El camino* en 1949 cuando Daniel, mi pequeño héroe, se resistía a integrarse en una sociedad despersonalizadora, pretendidamente progresista, pero, en el fondo, de una mezquindad irrisoria. Y esta intuición, señores académicos, cuyos principios, auténticamente revolucionarios, acaban de ser formulados por un plantel respetable de sabios humanistas, es lo que indujo a algunos comentaristas a tachar de reaccionaria mi postura. Han sido suficientes cinco lustros para demostrar lo contrario, esto es, que el verdadero progresismo no estriba en un desarrollo ilimitado y competitivo, ni en fabricar cada día más cosas, ni en inventar necesidades al hombre, ni en destruir la naturaleza, ni en sostener a un tercio de la humanidad en el delirio del despilfarro mientras los otros dos tercios se mueren de hambre, sino en racionalizar la utilización de la técnica, facilitar el acceso de toda la comunidad a lo necesario, revitalizar los valores humanos, hoy en crisis, y establecer las relaciones hombre-naturaleza en un plano de concordia.

He aquí mi credo, y, por hacerlo comprender, vengo luchando desde hace veinticinco años. Pero, a la vista de estos postulados, ¿es serio afirmar que la actual orientación del progreso es la congruente? Si progresar, de acuerdo con el diccionario, es hacer adelantamientos en una materia,

lo procedente es analizar si estos adelantamientos en una materia implican un retroceso en otras y valorar en qué medida lo que se avanza justifica lo que se sacrifica. El hombre, ciertamente, ha llegado a la Luna pero en su organización político-social continúa anclado en una ardua disyuntiva: la explotación del hombre por el hombre o la anulación del individuo por el Estado. En este sentido no hemos avanzado un paso. Los esfuerzos inconexos de algunos idealistas – Dubcek en 1968 y Allende en 1973– no han servido prácticamente de nada. A pesar de nuestros avances de todo orden, en política, la experimentación constituye un privilegio más de los fuertes. Perfil semejante, aún más negativo, nos ofrece el tan cacareado progreso económico y tecnológico. El hombre, arrullado en su confortabilidad, apenas se preocupa del entorno. La actitud del hombre contemporáneo se asemeja a la de aquellos tripulantes de un navío que, cansados de la angostura e incomodidad de sus camarotes, decidieron utilizar las cuadernas de la nave para ampliar aquéllos y amueblarlos suntuosamente. Es incontestable que, mediante esta actitud, sus particulares condiciones de vida mejorarían, pero, ¿por cuánto tiempo? ¿Cuántas horas tardaría este buque en irse a pique –arrastrando a culpables e inocentes– una vez que esos tripulantes irresponsables hubieran destruido la arquitectura general de la nave para refinar sus propios compartimientos? He aquí la madre del cordero. Porque ahora que hemos visto suficientemente claro que nuestro barco se hunde –y a tratar de aclararlo un poco más aspiran mis palabras–, ¿no sería progresar el admitirlo y aprontar los oportunos remedios para evitarlo?

El hombre, obcecado por una pasión dominadora, persigue un beneficio personal, ilimitado e inmediato y se desentiende del futuro. Pero ¿cuál puede ser, presumiblemente, ese futuro? Negar la posibilidad de mejorar y, por lo tanto, el progreso, sería por mi parte una ligereza; condenarlo, una necedad. Pero sí cabe denunciar la dirección torpe y egoísta que los rectores del mundo han impuesto a ese progreso. Así, quede bien claro que cuando a lo largo de mis palabras de esta noche yo me refiera al progreso para ponerlo en tela de juicio o recusarlo, no es al progreso estabilizador y humano –y, en consecuencia, deseable– al que me refiero sino al sentido que se obstinan en imprimir al progreso las sociedades llamadas civilizadas.

El progreso

Todos estamos acordes en que la ciencia aplicada a la tecnología ha cambiado, o seguramente sería mejor decir revolucionado la vida moderna. En pocos años se ha demostrado que el ingenio del hombre, como sus necesidades, no tiene límites. El espíritu de invención y el refinamiento de lo inventado arrumban objetos que hace apenas tres o cuatro años nos parecían insuperables. En la actualidad disponemos de cosas que no ya nuestros abuelos, sino nuestros padres hace apenas cinco lustros no hubieran podido imaginar. El cerebro humano camina muy deprisa en el conocimiento de su entorno. El control de las leyes físicas ha hecho posible un viejo sueño de la humanidad: someter a la naturaleza. No obstante, todo progreso, todo impulso hacia adelante comporta un retroceso, un paso atrás, lo que en términos cinegéticos, jerga que a mí me es muy cara, llamaríamos el culatazo. Y la física nos dice que este culatazo es tanto mayor cuanto más ambicioso sea el lanzamiento. Esto presupone que tanto la técnica como la química, como muchos remedios de botica, sabemos lo que quitan pero ignoramos lo que ponen, siquiera no se nos oculta que, en muchas ocasiones, el envés de aquéllas, sus aspectos negativos, se emparejan, cuando no

superan, a los aspectos positivos. Pongamos por caso el DDT. Este descubrimiento alivió, como es sabido, a los soldados de la Segunda Guerra Mundial de la plaga de los parásitos y, una vez firmada la paz, su aplicación en la lucha contra la malaria y otras enfermedades tropicales confirmó su eficacia. La humanidad no ocultó su entusiasmo; al fin estaba en camino de encontrar la panacea, el remedio para sus males. Bastaron, sin embargo, unos pocos años para descubrir la contrapartida, esto es, los efectos del culatazo. Hoy, incluso los escolares de buena parte del mundo saben que este insecticida, en virtud de un proceso que ya nos resulta familiar, se ha incorporado a los organismos animales sin excluir al hombre hasta el punto de que análisis de la leche de jóvenes madres efectuados por biólogos compañeros de mis propios hijos han demostrado que nuestros lactantes son amamantados, en proporción no desdeñable, con DDT. Los suecos, gente amante de las estadísticas, nos dicen que la leche de algunas mujeres de aquel país contiene un setenta por ciento más de insecticida que el nivel tolerado por la salubridad pública para la leche de vaca.

Algo semejante cabría decir de algunas conquistas técnicas encaminadas a satisfacer los viejos anhelos de ubicuidad del hombre: automóviles, aviones, cohetes interplanetarios. Tales invenciones aportan, sin duda, ventajas al dotar al hombre de un tiempo y una capacidad de maniobra impensables en su condición de bípedo, pero ¿desconocemos, acaso, que un aparato supersónico que se desplaza de París a Nueva York consume durante las seis horas de vuelo una cantidad de oxígeno aproximada a la que, durante el mismo tiempo, necesitarían veinticinco mil personas para respirar? A la humanidad ya no le sobra el oxígeno, pero es que, además, estos reactores desprenden por sus escapes infinidad de partículas que interfieren las radiaciones solares, hasta el punto de que un equipo de naturalistas desplazado durante medio año a una pequeña isla del Pacífico para estudiar el fenómeno, informó en 1970 al Congreso de Londres que, en el tiempo que llevaban en funcionamiento estos aviones, la acción del Sol –luminosa y calorífica– había decrecido aproximadamente en un treinta por ciento, con lo que, de no adoptarse el oportuno correctivo, no se descartaba la posibilidad de una nueva glaciación.

Pero ¿y la medicina?, arguirán los optimistas. ¿También tiene usted alguna objeción que hacer al desarrollo de la medicina? ¿No se ha doblado, en un breve lapso, el promedio de la vida humana? ¿No nos anuncian cada día los periódicos, con grandes titulares, nuevos triunfos sobre el dolor y la muerte? Esto es incontestable. He aquí un punto en el que negar el progreso sería negar la evidencia. Las conquistas de la medicina y la higiene en el último período histórico no sólo son plausibles sino pasmosas. Las enfermedades infecciosas han sido prácticamente erradicadas y se han conseguido notables progresos en aquellas otras de origen genético. Todo esto, repito, es incuestionable. Empero la contrapartida de estos éxitos también se da y, aunque parezca paradójico, deriva de su misma eficacia. La medicina en el último siglo ha funcionado muy bien, de tal forma que hoy nace mucha más gente que la que se muere. La demografía, entonces, ha estallado, se ha producido una explosión literalmente sensacional. A una población estancada hasta el siglo XVII en seiscientos o setecientos millones, ha sucedido un crecimiento lento pero inexorable, hasta conseguir, tras el descubrimiento de los antibióticos, doblarla en los últimos treinta años. Esto supone que, prescindiendo de posibles nuevos avances en este campo, y ateniéndonos al ritmo alcanzado, la población mundial se duplicará cada seis lustros, lo que equivale a decir que los tres mil quinientos millones de personas de 1970, se convertirán en cincuenta y seis mil antes de finalizar el siglo XXI, esto es, si no yerro en la cuenta, la población

actual, más o menos, multiplicada por catorce. La pregunta irrumpe sin pedir paso: ¿va a dar para tantos la despensa? Si este progreso del que hoy nos jactamos no ha conseguido atenuar el hambre de dos tercios de nuestros semejantes, ¿qué se puede esperar del día, que muy bien pueden conocer nuestros nietos, en que por cada hombre actual haya catorce sobre la Tierra?

La medicina ha cumplido con su deber, pero al posponer la hora de nuestra muerte viene a agravar, sin quererlo, los problemas de nuestra vida. La medicina, pese a sus esfuerzos, no ha conseguido cambiarnos por dentro; nos ha hecho más pero no mejores. Estamos más juntos –y aún lo estaremos más– pero no más próximos.

El signo del progreso

Mas, para nuestra desgracia, no sólo el culatazo del progreso empaña la brillantez y eficacia de las conquistas de nuestra era. El progreso comporta –inevitablemente, a lo que se ve una minimización del hombre. Errores de enfoque han venido a convertir al ser humano en una pieza más –e insignificante de este ingente mecanismo que hemos montado. La tecnocracia no casa con eso de los principios éticos, los bienes de la cultura humanista y la vida de los sentimientos. En el siglo de la tecnología, todo eso no es sino letra muerta. La idea de Dios, y aun toda aspiración espiritual, es borrada en las nuevas generaciones –seguramente porque la aceptación de estos principios no enalteció a las precedentes– mientras los estudios de humanidades, por ceñirme a un punto concreto, sufren cada día, en todas partes, una nueva humillación. Es un hecho que las facultades de letras sobreviven en los países más adelantados con las migajas de un presupuesto que absorben casi íntegramente las facultades y escuelas técnicas. En este país se habla ahora de suprimir la literatura en los estudios básicos –olvidando que un pueblo sin literatura es un pueblo mudo– porque, al distraer unas horas al alumnado, distancia la consecución de unas cimas científicas que, conforme a los juicios de valor vigentes, resultan más rentables. Los carriles del progreso se montan, pues, sobre la idea del provecho, o lo que es lo mismo, del bienestar. Pero ¿en qué consiste el bienestar? ¿Qué entiende el hombre contemporáneo por «estar bien»? En la respuesta a estos interrogantes no es fácil el acuerdo. Ello nos desplazaría, por otra parte, a ese otro complejo problema de la ocupación del ocio. Lo que no se presta a discusión es que el «estar bien», para los actuales rectores del mundo y para la mayor parte de los humanos, consiste tanto a nivel comunitario como a niveles individuales en disponer de dinero para cosas. Sin dinero no hay cosas y sin cosas no es posible «estar bien» en nuestros días. El dinero se erige así en símbolo e ídolo de una civilización. El dinero se antepone a todo; llegado el caso, incluso al hombre. Con dinero se montan grandes factorías que producen cosas y con dinero se adquieren las cosas que producen esas grandes factorías. El hecho de que esas cosas sean necesarias o superfluas es accesorio. El juego consiste en producir y consumir, de tal modo que en la moderna civilización no sólo se considera honesto sino inteligente gastar uno en producir objetos superfluos y emplear noventa y nueve en persuadirnos de que nos son necesarios. Ante la oportunidad de multiplicar el dinero –insisto, a todos los niveles– los valores que algunos seres aún respetamos son sacrificados sin vacilación. Entre la supervivencia de un bosque o una laguna y la erección de una industria poderosa, el hombre contemporáneo no se plantea problemas: optará por la segunda.

Encarados a esta realidad, nada puede sorprendernos que la corrupción se enseñoree de las sociedades modernas. El viejo y deplorable aforismo de que cada hombre tiene su precio alcanza así un sentido literal, de plena y absoluta vigencia, en la sociedad de nuestros días.

Esta tendencia arrolladora del progreso se manifiesta en todos los terrenos. Yo recuerdo que allá por los años cincuenta, un ridículo concepto de la moral llevó a este país a la proscripción de las playas mixtas y la imposición del albornoz en los baños públicos para preservar a los españoles del pecado. Se trataba de una moral pazguata y atormentada, de acuerdo, pero era la moral que oficialmente prevalecía. Fue suficiente, empero, el descubrimiento de que el desnudismo aportaba divisas para que se diera paso franco a la promiscuidad soleada y al bikini. El dinero triunfaba también sobre la moral.

¿Y qué decir de los trabajos rutinarios, embrutecedores, sobre los que se organiza hoy la gran industria? La eficacia, la producción espectacular —o, lo que es lo mismo, el dinero— se antepone igualmente a la integridad y la dignidad humanas. Fabricar un hombre es una actividad infinitamente más sencilla y agradable que fabricar un automóvil, con lo que nunca ha de faltar el recambio para un hombre inutilizado. Sobre esta base, nace y se extiende la fabricación en serie, en cadena, donde no cuentan más que los resultados. Las nobles advertencias de Charles Chaplin al respecto, en el primer tercio del siglo, es decir, cuando aún era tiempo de reflexión, quedaron como una obra de arte, sin ninguna trascendencia práctica. Así, paralelamente a la producción de cosas, se iban produciendo frustraciones también en cadena. La serie facilita una compensación pendular: si, por un lado, destruye al hombre al anular su amor por la obra bien hecha, por el otro, facilita la consecución de esa obra y esto, cerrar el ciclo, es lo que en definitiva interesa al orden económico de nuestro tiempo. El hecho de que la serie fabrique, de rechazo, hombres en serie y la cadena hombres encadenados no nos desazona porque no interrumpe la marcha del progreso.

Simultáneamente, el desarrollo exige que la vida de estas cosas sea efímera, o sea, se fabriquen mal deliberadamente, supuesto que el desarrollo del siglo XX requiere una constante renovación para evitar que el monstruoso mecanismo se detenga. Yo recuerdo que antaño se nos incitaba a comprar con insinuaciones macabras cuando no aterradoramente escatológicas: «Este traje lo enterrará a usted», «Tenga por seguro que esta tela no la gasta». Hoy no aspiramos a que ningún traje nos entierre, en primer lugar porque la sola idea de la muerte ya nos estremece y, en segundo, porque unas ropas vitalicias podrían provocar el gran colapso económico de nuestros días.

Con la superfluidad es, por tanto, la fungibilidad la nota característica de la moderna producción, porque ¿qué sucedería el día que todos estuviéramos servidos de objetos perdurables? La gran crisis, primero, y, después, el caos. Apremiados por esta exigencia, fabricamos, intencionadamente, telas para que se ajen, automóviles para que se estropeen, cuchillos para que se mellen, bombillas para que se fundan. Es la civilización del consumo en estado puro, de la incesante renovación de los objetos —en buena parte, innecesarios— y, en consecuencia, del desperdicio. Y no se piense que este pecado —grave sin duda— es exclusivo del mundo occidental puesto que, si mal no recuerdo, Kruschév declaraba en sus horas altas de 1955 que la meta soviética era alcanzar cuanto antes el nivel de consumo americano. El primer ministro ruso venía a reconocer así que si el delirio consumista no había llegado a la URSS no era porque no quisiera sino porque no podía. Sus aspiraciones eran las mismas. En rigor, ambas sociedades, la oriental y la occidental, no son fundamentalmente diferentes, en este punto.

Aceptado lo antedicho, no parece gratuito afirmar que, salvo en unos millares de científicos y hombres sensibles repartidos por todo el mundo, el progreso se entiende hoy de manera análoga en todas partes. El desarrollo humano no es sino un proceso de decantación del materialismo sometido a una aceleración muy marcada en los últimos lustros. Al teocentrismo medieval y al antropocentrismo renacentista ha sucedido un objetocentrismo que, al eliminar todo sentido de elevación en el hombre, lo ha hecho caer en la abyección y la egolatría.

El deseo de dominación

Con el dinero –y, tal vez, incubada en él– hay, a mi entender, otra nota diferenciadora del progreso moderno: el deseo de sobresalir o, lo que viene a ser lo mismo, la ambición de poder. En este punto, la analogía del hombre con las aves en la llamada por los biólogos «jerarquía del picoteo» es patente. La aspiración de todo hombre es elevar su rango, anteponerse, no tanto acrecentando su cultura y sus facultades como amedrentando a su adversario o debilitándolo. La técnica se convierte así, no ya en una posibilidad de dinero, sino –lo que es más grave– en una posibilidad de dominación. De este modo, mientras entre los hombres se acentúa el espíritu de competencia, en la esfera internacional se plantea una cuestión de hegemonía que no se resuelve, como antaño, fabricando más espadas o más fusiles, sino buscando un arma que, llegado el caso, sea suficiente para arrasar al adversario –y, con él, a la humanidad entera– en unas décimas de segundo. La cuestión de la supremacía no se establece ya en términos de prevalencia sino de aniquilamiento. Tal anhelo de dominación se manifiesta en las relaciones de individuo a individuo, de Estado a individuo y de Estado a Estado. ¿Cómo? Me limitaré a señalar tres extremos que son, para mí, por graves, los más representativos. Primero, enervando al hombre desde arriba, despojándolo del deseo de participar en la organización de la comunidad, dando así paso a unas autocracias que la manifiesta inhibición del hombre favorece. Segundo, a nivel internacional, procurando la hegemonía a costa de convertir el noble deseo de paz basado en la justicia y la libertad en un equilibrio del terror. Y tercero, encauzando la técnica hacia la fabricación de instrumentos que facilitan el allanamiento de la intimidad del hombre, o la esfera privada de las instituciones, con objeto de controlar a unos y otras.

La pedagogía universal consideró resuelto el problema de la infancia compaginando la instrucción y el deleite, aunándolos en una sola actividad. El juego instructivo o la instrucción amena hacían posible, armonizándolos, la formación y el entretenimiento de los niños, de manera que éstos «no diesen guerra», no alborotasen. Fue, quizá, nuestro Carlos III quien descubrió, con el célebre motín de Esquilache, que los adultos eran «como niños pequeños que lloran y protestan cuando se los limpia y asea». Desde entonces, mayor preocupación que hacer justicia ha sido para los gobernantes buscar la manera de entretener al pueblo para que no la pida, esto es, para que no alborote, para que «no dé guerra». El «pan y toros» ha tenido a lo largo de las edades de la historia múltiples versiones. Pero he aquí que la era supertécnica ha venido a descubrir que también existen juguetes para entretener a los adultos y borrar de sus mentes cualquier idea de participación y responsabilidad. Es más, el ingenio de la técnica moderna descubre «el juguete» por antonomasia, merced al cual el pueblo no sólo no piensa, sino que incluso nos facilita la posibilidad de conducir su pensamiento, de hacerle pensar lo que nosotros queremos que piense.

Así el interés por su juguete acaba por enervar en el hombre otros intereses superiores. La alienación se produce entonces como fenómeno general y masivo. Mas si esto, hasta cierto punto, es comprensible, no lo es, en cambio, que admitamos que esta inhibición se fomente desde arriba, mediante el control de este juguete, único alimento espiritual de un elevadísimo porcentaje de seres humanos. La difusión de consignas, la eliminación de la crítica, la exposición triunfalista de logros parciales o insignificantes y la misma publicidad subliminal van moldeando el cerebro de millones de televidentes que, persuadidos de la bondad de un sistema, o simplemente fatigados, pero, en todo caso, incapacitados para pensar por su cuenta, terminan por hacer dejación de sus deberes cívicos, encomendando al Estado-Padre hasta las más pequeñas responsabilidades comunitarias. En este mismo sentido actúa la organización del trabajo a que antes aludía. La rutina laboral genera el gregarismo en los ocios, de forma que todos los hombres se procuran análogas distracciones y unos mismos estímulos, por lo general no fecundadores, ni liberadores, ni enaltecedores de los valores del espíritu. El hombre, de esta manera, se despersonaliza y las comunidades degeneran en unas masas amorfas, sumisas, fácilmente controlables desde el poder concentrado en unas pocas manos. Es obvio que no en todo el mundo las circunstancias mencionadas operan con la misma intensidad pero, a mi juicio, sirven como exponentes de los riesgos lamentables que comporta la malintencionada aplicación de la técnica a la política y la sociología.

La avidez de poder, a nivel internacional, desata aún mayores riesgos. La vieja carrera de armamentos ha cambiado de signo. Hoy, como he dicho, no es más fuerte quien más armas tiene sino quien las tiene mejores. El objetivo de los pueblos en competencia es acertar con un arma lo suficientemente eficaz como para resolver un conflicto en pocos minutos, aun poniendo en peligro la vida sobre el planeta. Tal arma está ya a disposición de seis o siete potencias, y el resto de los países se limitan a procurar conseguirla o a observar, aterrados, los tira y afloja del juego político internacional, a conciencia de que un gesto mal interpretado o un simple error puede desencadenar la catástrofe. Se aducirá que la marcha hacia la paz es hoy más firme que hace diez años, pero como dice Marías no basta con que nadie quiera la guerra, si «se quiere poder hacerla». Porque, si bien se considera el problema, a la guerra fría de ayer ha sucedido una paz fría, casi más negativa que la situación anterior, ya que esta paz congelada demuestra nuestra incapacidad, o sea que, en vista de que una fraternidad cálida y universal parece fuera de nuestro alcance, nos resignamos a aceptar el miedo como garantía de supervivencia.

Pero los ingenios nucleares están ahí, fabricados por unos hombres y esperando ser utilizados contra otros hombres. La suprema aspiración de los humanos estriba en que sigan ahí, quietos, en los arsenales, es decir, que no lleguen a emplearse. Pero en este caso y aun en el más positivo de que se llegase a un acuerdo de desarme general y completo, ¿qué hacer con ellos?; ¿qué hacer con este elemento devastador cuidadosamente embotellado a lo largo de un cuarto de siglo? ¿Lanzarlo al mar? ¿Enterrarlo? ¿Es que desconocemos, acaso, las propiedades letales de los isótopos radiactivos? ¿No sabemos que el aire, el agua y la tierra contaminados envuelven un riesgo inmediato para la vida? En Hanford, estado de Washington, en las proximidades del río Columbia, hay enterrados ciento veinte tanques de acero y hormigón, los cuales contienen más de doscientos millones de litros de desechos radiactivos; cantidad que, al ritmo de crecimiento actual, puede multiplicarse por cien en el año 2000. Estos tanques y sus posibles filtraciones son

celosamente vigilados, pero, a juicio de geólogos norteamericanos, tal vez bastaría un terremoto de las modestas proporciones del de 1918, conocido como «el terremoto de Corfú», para agrietar estos recipientes y liberar la radiactividad que contienen. Los efectos de esta avería, en opinión de científicos competentes, serían tan desastrosos como los que podría ocasionar una guerra nuclear en la que se empleasen todas las reservas atómicas actuales, ya que la radiactividad que almacena uno solo de estos tanques equivale, según Sheldon Novice, «a la producida por todas las armas nucleares probadas desde 1945». Esta es nuestra situación en la paz atómica de nuestros días.

Mas con ser ésta la novedad más ruidosa, tampoco podemos olvidar la actividad de los pueblos por alcanzar la hegemonía en otros terrenos, como, por ejemplo, la guerra química y biológica. La bomba atómica, por más moderna, parece resumir la mayor posibilidad catastrófica que somos capaces de imaginar, pero no hay que olvidar la evolución de las armas bacteriológicas, cuyo almacenaje no ocupa lugar y cuya producción es infinitamente más barata que aquélla y está, por tanto, al alcance de los pueblos pobres. Según Milton Leitenkey, la potencia destructiva de estas armas equivale a la de las atómicas y el agente portador de la enfermedad puede viajar tan concentrado que, en muchos casos, son suficientes unos pocos gramos, estratégicamente distribuidos, para acabar con la población del mundo. Tenemos el caso de la psitacosis, donde los virus necesarios para destruir hasta el último rastro de vida caben en una docena de huevos de gallina, o el de la brucelosis-letal, resistente a toda vacuna, que puede concentrarse en una pasta, a razón de dos mil quinientos millones de bacterias por gramo, en la seguridad de que bastarían cincuenta gramos para borrar al hombre del planeta. La técnica de la dispersión ha alcanzado asimismo un alto nivel de perfección y variedad: fumigaciones aéreas, disolución en las aguas de los ríos, formación de nubes artificiales mediante generadores o producción de insectos en masa. A este respecto, los japoneses, maestros en la mecánica menuda, han llegado a producir diez litros de pulgas portadoras de microbios –alrededor de los treinta y cinco millones de individuos– en el breve plazo de un mes. Tampoco en este aspecto cabe descartar el accidente, ya que hace apenas seis años, al ser rociado con un organofosfato muy tóxico el campo de pruebas de Utah por la aviación norteamericana, las partículas, arrastradas por un viento imprevisto, ocasionaron la muerte fulminante de los rebaños de ovejas que pastaban en las laderas de Skull y Rush, a cincuenta kilómetros de distancia.

Esto supone que el hombre se ha acomodado a vivir sobre un volcán. Pero «vivir sobre un volcán» era, hasta el día, una situación accidental, esto es, que se le imponía, no buscada por él. Lo insensato es que el evolucionado hombre del siglo XX haya encendido el volcán para después, tranquilamente, instalarse a vivir en sus faldas.

Un último extremo interesante, dentro de esta fiebre de dominación y poder que nos invade, es el incesante perfeccionamiento de instrumentos audiovisuales, escrutadores de la intimidad, que han venido a destruir la confianza en el hombre y a deteriorar seriamente su sensibilidad. En esta dirección, bien podemos asegurar que la técnica se ha pasado, de tal modo que muchas de sus consecuencias resultan ya irreversibles. El ansia de poder de unos hombres sobre otros, la obsesión de control de las palabras de los súbditos por parte de los gobiernos, hace tiempo que desbordaron resortes tan primarios como la censura de correspondencia y la intervención telefónica. Estos medios, sin duda alguna, corresponden a la prehistoria de las técnicas de

intromisión audiovisuales. Recientes escándalos han evidenciado a qué increíble grado de perfección han llegado los mecanismos de espionaje. La revista *El Correo de la Unesco* denunciaba, no hace muchos meses, estos hechos como atentatorios contra la intimidad del hombre. Pero, yo me pregunto: ¿dispone el hombre de algún recurso contra esta carrera desenfadada de la técnica fuera del viejo y elemental recurso del pataleo? El hombre actual se sabe vigilado o, lo que quizá es peor, siente constantemente sobre sí la posibilidad de ser vigilado. En este punto, la técnica viene haciendo auténticas maravillas. La miniaturización de los ingenios permite, por ejemplo, que un micrófono del tamaño de un grano de arroz colocado en la rendija de una puerta nos informe de lo que se habla detrás de ella. Mejor aún: un micrófono de contacto más chico que una nuez, adosado al exterior de una casa, puede registrar una conversación sostenida en el interior por las vibraciones del muro. Un telescopio, no más largo que un lapicero, conectado a una cámara fotográfica, es capaz de reproducir lo que estamos escribiendo en una cuartilla a cien metros de distancia, es decir, dos o tres veces la anchura de una calle normal. Mediante una bombilla de apariencia inocua pero emisora de rayos infrarrojos es posible obtener fotografías en la oscuridad. Y basta una linterna no mayor que un alfiler para inspeccionar el contenido de una carta sin necesidad de violar el sobre.

Esta técnica, enlazada a la de las computadoras, haría posible, según *El Correo de la Unesco*, almacenar veinte folios de información sobre cada ser humano en apenas diez cintas de dos centímetros y medio de ancho por mil quinientos metros de longitud. O sea, basta una caja de cerillas para archivar datos de computadora que, de estar impresos, no cabrían en una catedral. El mismo *Correo* nos informa de que una empresa americana en liquidación por quiebra puso en venta tres millones de expedientes relativos a otros tantos ciudadanos, y un consorcio de aquel mismo país ha preparado, mediante computadoras, datos referentes a la situación económica de cien millones de personas, exactamente la mitad de la población.

Si agregamos a estos progresos la creciente difusión de las grabadoras, la utilización de técnicas de detección de mentiras, el lavado de cerebro, la publicidad subliminal, el refinamiento de los métodos de tortura y el uso, cada día más extendido, de las evaluaciones psicofisiológicas de la personalidad, concluiremos que los mundos de pesadilla imaginados un día por Huxley y Orwell han sido prácticamente alcanzados. El afán de dominación del hombre sobre el hombre y de la organización sobre el hombre no se para en barras. Por otro lado, el vacío, cada día más profundo, entre la técnica y la ley, acrecienta nuestro desvalimiento al tiempo que aumentan el desasosiego y el miedo. La Unesco recomienda, es verdad, a los estados la asunción de unas normas base para la formulación de un código internacional que proteja el derecho a la vida privada. Pero uno se pregunta, lleno de zozobra y ansiedad: ¿no serán los estados los primeros interesados en tolerar tales aberraciones si el uso de las técnicas mencionadas viene a consolidar su autoridad y su poder? Y ante esta posibilidad estremecedora se abre la gran interrogante: ¿no se nos habrá escapado de las manos las fuerzas que nosotros mismos desatamos y que creímos controlar un día?

La naturaleza agredida

Esta sed insaciable de poder, de elevarse en la jerarquía del picoteo, que el hombre y las instituciones por él creadas manifiestan frente a otros hombres y otras instituciones, se hace especialmente ostensible en la naturaleza. En la actualidad la abundancia de medios técnicos permite la transformación del mundo a nuestro gusto, posibilidad que ha despertado en el hombre una vehemente pasión dominadora. El hombre de hoy usa y abusa de la naturaleza como si hubiera de ser el último inquilino de este desgraciado planeta, como si detrás de él no se anunciara un futuro. La naturaleza se convierte así en el chivo expiatorio del progreso. El biólogo australiano Macfarlane Burnet, que con tanta atención observa y analiza la marcha del mundo, hace notar en uno de sus libros fundamentales que «siempre que utilicemos nuestros conocimientos para la satisfacción a corto plazo de nuestros deseos de confort, seguridad o poder, encontraremos, a plazo algo más largo, que estamos creando una nueva trampa de la que tendremos que librarnos antes o después». He aquí, sabiamente sintetizado, el gran error de nuestro tiempo. El hombre se complace en montar su propia carrera de obstáculos. Encandilado por la idea de progreso técnico indefinido, no ha querido advertir que éste no puede lograrse sino a costa de algo. De ese modo hemos caído en la primera trampa: la inmolación de la naturaleza a la tecnología. Esto es de una obviedad concluyente. Un principio biológico elemental dice que la demanda interminable y progresiva de la industria no puede ser atendida sin detrimento por la naturaleza, cuyos recursos son finitos. Toda idea de futuro basada en el crecimiento ilimitado conduce, pues, al desastre. Paralelamente, otro principio básico incuestionable es que todo complejo industrial de tipo capitalista sin expansión ininterrumpida termina por morir. Consecuentemente con este segundo postulado, observamos que todo país industrializado tiende a crecer, cifrando su desarrollo en un aumento anual que oscila entre el dos y el cuatro por ciento de su producto nacional bruto. Entonces, si la industria, que se nutre de la naturaleza y envía los detritus de su digestión a la naturaleza, no cesa de expansionarse, día llegará en que ésta no pueda atender las exigencias de aquélla ni asumir sus desechos; ese día quedará agotada. La novelista americana Mary McCarthy hace decir a Kant redivivo, en una de sus últimas novelas, que «la naturaleza ha muerto». Evidentemente la novelista anticipa la defunción, pero, a juicio de notables naturalistas, no en mucho tiempo, ya que, para los redactores del Manifiesto para la Supervivencia, de no alterarse las tendencias del progreso «la destrucción de los sistemas de mantenimiento de la vida en este planeta será inevitable, posiblemente a finales de este siglo, y con toda seguridad antes de que desaparezca la generación de nuestros hijos». Robert Heilbroner, algo más optimista, aplaza este día terrible, que ya ha dado en llamarse «el Día del Juicio Final», para dentro de unos siglos, en tanto Barry Commoner lo reduce a cinco lustros: «Aún es tiempo –dice éste–, quizá una generación, dentro del cual podamos salvar al medio ambiente de la violenta agresión que le hemos causado». Para Commoner, la década que estamos viviendo, la década de los 70, «es un plazo de gracia para corregir las incompatibilidades fundamentales», ya que, de no hacerlo así, en los tres lustros siguientes la humanidad sucumbirá. A mi juicio, no importa tanto la inminencia del drama como la certidumbre, que casi nadie cuestiona, de que caminamos hacia él. Michel Bosquet dice, en *Le Nouvel Observateur*, que «a la humanidad que ha necesitado treinta siglos para tomar impulso, apenas le quedan treinta años para frenar ante el precipicio».

Como se ve, el problema no es baladí. Lo expuesto no es un relato de ciencia-ficción, sino el punto de vista de unos científicos que han dedicado todo su esfuerzo al estudio de esta cuestión, la más compleja e importante, sin duda, que hoy aqueja a la humanidad.

La naturaleza ya está hecha, es así. Esto, en una era de constantes mutaciones, puede parecer una afirmación retrógrada. Mas, si bien se mira, únicamente es retrógrada en la apariencia. En mi obra *El libro de la caza menor* hago notar que toda pretensión de mudar la naturaleza es asentar en ella el artificio, y por tanto, desnaturalizarla, hacerla regresar. En la naturaleza apenas cabe el progreso. Todo cuanto sea conservar el medio es progresar; todo lo que signifique alterarlo esencialmente es retroceder. Empero, el hombre se obstina en mejorarla y se inmiscuye en el equilibrio ecológico, eliminando mosquitos, desecando lagunas o talando el revestimiento vegetal. En puridad, las relaciones del hombre con la naturaleza, como las relaciones con otros hombres, siempre se han establecido a palos. La historia de la humanidad no ha sido otra cosa hasta el día que una sucesión incesante de guerras y talas de bosques. Y ya que, inexcusablemente, los hombres tenemos que servirnos de la naturaleza, a lo que debemos aspirar es a no dejar huella, a que se «nos note» lo menos posible. Tal aspiración, por el momento, se aproxima a la pura quimera. El hombre contemporáneo está ensoberbecido; obstinado en demostrarse a sí mismo su superioridad, ni aun en el aspecto demoledor renuncia a su papel de protagonista. En esta cuestión, el hombre-supertécnico, armado de todas las armas, espoleado por un afán creciente de dominación, irrumpe en la naturaleza, y actúa sobre ella en los dos sentidos citados, a cual más deplorable y desolador: desvalijándola y envileciéndola.

La naturaleza desvalijada. La pueril idea de un mundo inmenso, inabarcable e inagotable, que acompaña al hombre desde su origen, se esfuma a mediados de este siglo con la aparición de aviones supersónicos que ciñen su cintura –la del mundo– en unas horas y con el primer hombre que pone su pie en la Luna. Las fotografías tomadas desde los cohetes lunares muestran al planeta Tierra como un pequeño punto azul en el firmamento, lo que equivale a reconocer que cien mil millones de otras galaxias pueden albergar, cada una, cientos de miles de sistemas solares semejantes al nuestro. La técnica, que puede mucho, evidencia que somos poco. Esto supone para el orgullo del hombre, en cierto modo, una humillación, pero también una toma de conciencia: la de estar embarcado en una nave cuya despensa, por abastecida que quiera estar, siempre será limitada. Esta convicción destruye la idea peregrina de la infinitud de recursos y presenta, a cambio, de cara al futuro, el posible fantasma de la escasez. Merced al perfeccionamiento de las técnicas de prospección, el hombre empieza a tocar ya las tristes consecuencias del despilfarro iniciado con la era industrial. La advertencia de la Oficina de Minas de Estados Unidos al respecto es sumamente precisa: las reservas mundiales de plomo, mercurio y platino durarán diez años; quince, las de estaño y cinc, veinticinco, más o menos, las de cobre, y las de hierro y petróleo apenas setenta. ¿Qué suponen estos plazos en la vida de la humanidad? En rigor, algo tan insignificante que sobrecoge pensarlos. Pues bien, estos recursos, vitales para nuestra economía, se acaban y no son recuperables. ¿Qué hará nuestro flamante hombre industrial el día que los yacimientos de mercurio, plomo, cobre, cinc, estaño, hierro y petróleo se hayan agotado? Es difícil imaginarlo, pero por lo que atañe a este último –el oro negro– ya hemos podido vislumbrarlo en Europa durante la pequeña crisis de abastecimiento que estamos pasando. Una pregunta clave se impone, sin embargo: este consumo exagerado de recursos esenciales ¿es excesivo por exigencias normales de la industria o por una tendencia a la dilapidación que despierta el elevado nivel de vida de las sociedades evolucionadas? Por de pronto, hoy sabemos que Norteamérica, con sólo un seis por ciento de la población mundial, consume un cuarenta por

ciento del total del papel, un treinta y seis por ciento de combustibles fósiles y un veinticinco por ciento del acero, mientras produce el setenta por ciento de los desperdicios sólidos del mundo. Entre Europa y Estados Unidos, con un dieciséis por ciento de la población mundial, devoran el ochenta por ciento de los recursos del globo limitados e irrecuperables. En lo atañero a la agricultura ha llegado a afirmarse que los doscientos millones de americanos causan al planeta una destrucción pareja a la que podrían provocar, si existiesen, cinco mil millones de indios. Como puede observarse, gasto y daño van en razón directa con el grado de evolución.

Por mi parte puedo decir que mi estancia en Estados Unidos, hace unos años, me abrumó, entre otras cosas, por el dispendio que observaba a mi alrededor. Con los excesos americanos, pensaba yo entonces, podrían salir de pobres varios países subdesarrollados. Diariamente, en las primeras horas de la mañana, llamaban mi atención los millares de poderosos automóviles de veinte o treinta caballos desplazando cada uno a una sola persona a su lugar de trabajo. Daba la impresión de que los transportes colectivos, bien organizados y confortables, estaban allí de más. En otras palabras, cada americano malgastaba diariamente en acudir a su trabajo y en regresar de él treinta o cuarenta litros de gasolina. Tamaña frivolidad pude constatarla hace apenas nueve años. Pues bien, en tan breve plazo, este alegre y despreocupado derroche, si que con una importante corrección respecto al número de caballos, se ha trasladado a Europa y, más concretamente, a España. Los pies ya no sirven, en ninguna parte, dentro de ese mundo que hemos dado en llamar civilizado, para desplazarnos, sino para acelerar y desembragar. Como diría González Ruano, el hombre del siglo xx ha perdido la alegría de andar. Malgasta así, no sólo las riquezas naturales comunes, sino su dinero y su salud. Mas ¿qué importancia tiene esto –se argumentará– frente al tiempo que se gana? Y yo me pregunto: ¿de veras gana algo con tales apremios el hombre contemporáneo? ¿No será más exacto afirmar que la mecanización lo ha desquiciado? ¿No resulta obvio que el hombre protegido por unos cristales y una chapa de hierro, con un pedal en el pie derecho capaz de impulsarlo a cien kilómetros a la hora, se torna duro, insolidario, hermético y agresivo? El gasto de combustibles fósiles, tiene, pues, sobre el gasto en sí, un elevado precio. La civilización, en sus últimas etapas, viene presidida por el signo de la prodigalidad. En treinta años hemos multiplicado por diez el consumo de petróleo. Damos la impresión de no querer enterarnos de que nuestra próspera industria y nuestra comodidad dependen de unas bolsas fósiles que antes de cien años se habrán agotado. El problema, en un próximo futuro, no radicará en hacer nuevas prospecciones y abrir nuevas calicatas. Un día no lejano, la Tierra dirá no a nuestras demandas. Eso sí, llegado el caso, el hombre podrá jactarse de una nueva proeza, en esta época de culto hacia las marcas: haberse bebido en un siglo una riqueza que tardó seiscientos millones de años en formarse.

Cabe una esperanza: la inseguridad de las previsiones en lo que se refiere a nuestras reservas. Pese a los modernos sistemas de prospección, son, en efecto, aleatorios los cálculos de nuestras disponibilidades de metales y combustibles. Amplias extensiones de África, Asia y Sudamérica están prácticamente inexploradas. Sin embargo, dado el ritmo de consumo, parece razonable pensar que nunca, por muchas sorpresas que la geología puede depararnos, los plazos señalados más arriba puedan aumentar más allá de cuatro veces. En cualquier caso, augurar para el plomo y el mercurio una duración de cuarenta años y de setenta para el estaño y el cinc, no es precisamente abrir para la humanidad unas perspectivas halagüeñas.

Pero, quizá, más terminante que especular con el futuro sea analizar nuestro presente, esto es, los problemas que ya son problemas, es decir, que ya están aquí, cuales son la pesca marina y el papel. En este punto, es justo situar, junto a la irresponsable voracidad del consumo, el contumaz envenamiento del medio de que luego me ocuparé. La humanidad se resiste a embridar la técnica por la biología y así asistimos, frecuentemente, a auténticos disparates ecológicos, provocados por desconocimiento e imprevisión. La presa de Assuán, en Egipto, es un ejemplo ya tópico. De niños nos enseñaron que el limo que depositaban las avenidas primaverales en el valle del Nilo fertilizaba los campos, pero ignorábamos que, al mismo tiempo, fertilizaba las aguas del mar, en su estuario, hasta el punto de convertirlo en un sector privilegiado para la pesca de la sardina. Durante siglos, las sustancias nutritivas que arrastraban las aguas hasta la desembocadura permitieron capturas espectaculares, de hasta quince y veinte mil toneladas anuales de pescado. Hoy, tras la pérdida de nutrientes provocada por la represa del agua, apenas se consiguen quinientas toneladas, o, lo que es lo mismo, el succulento banco de peces ha desaparecido. A estas torpezas podemos añadir la rapacidad con que venimos actuando en medios que exigen, para pervivir, un tacto y una meticulosa reposición. Observemos lo que está sucediendo hoy, ahora mismo, en el famoso banco pesquero del Sahara. La riqueza y variedad de este retazo de mar, de más de doscientos mil kilómetros cuadrados de extensión, ha atraído cerca de cuatro mil embarcaciones de cien banderas distintas. El problema, salvo las dimensiones y el medio, es el mismo que el de la perdiz roja en Castilla la Vieja. Ni la perdiz castellana ni el besugo del banco sahariano pueden soportar esta presión. Así, las capturas en el mar del Sahara, según datos de Ángel Luis de la Calle, superan, el último año, el millón y cuarto de toneladas, cifra abultada que monta, con mucho, cualquier aspiración de rentabilidad razonable. Es manifiesto, pues, empleando un viejo y gráfico dicho, que estamos comiendo de lo vivo. A estas alturas, algunas especies – brecas, besugos– se han extinguido y otras muchas se encuentran en franca regresión. Para atajar este expolio insensato, únicamente cabe una ordenación internacional de la pesca, pero, ¿con qué autoridad contamos para este fin? Nuestros oceanógrafos consideran que la pesca mundial, no sólo en el banco del Sahara sino en todos los mares, ha desbordado con mucho la línea de recuperación o, como dice Lester Brown, dramáticamente, los «límites soportables».

Problema semejante es el del papelprensa, tal vez el símbolo más expresivo de nuestra cultura. No hay papel. El papel se acaba. En estos días, los rotativos más importantes del globo reducen drásticamente el número de páginas. Las fábricas, empero, trabajan a tope, pero la demanda desborda la producción. Mas la escasez no se resuelve en un día, ya que aun dando por buena una rápida adaptación de ciertas industrias similares a la elaboración de papel prensa, apenas conseguiremos aumentar la producción actual en un uno por ciento, cantidad manifiestamente inferior al déficit que hoy se acusa. La cuestión, entonces, no estriba en montar más fábricas, sino en alimentarlas, en plantar más árboles. Emmanuelle de Lesseps nos dice que un periódico de gran tirada se come diariamente seis hectáreas de bosque. Julio Senador, por su parte, advertía a principios de siglo, refiriéndose a Castilla, que cada árbol sacrificado era un nuevo paso hacia la miseria y la tiranía. Tal vez para obviar éstas, los japoneses, gentes de mucho ingenio, han dado en fabricar árboles de plástico para decorar sus campos y carreteras. Pero los árboles de plástico no tienen savia, no prestan cobijo a los pájaros, no facilitan madera, no crecen; en una palabra, no viven. Sin embargo, el árbol de plástico es, al parecer, más elástico que el de madera y reduce, por tanto, la gravedad de los accidentes de automóvil, hecho que indujo al

Gobierno francés en 1973 a considerar la oferta nipona para instalarlos en sus autopistas. He aquí un símbolo ostensible del positivismo que, como una niebla pertinaz, nos va envolviendo. El hombre de hoy antepone a la cultura, en sentido estricto, el goce material y, sobre todo, la seguridad. Pero si aceptamos como bueno el aserto de Senador, convendremos que nuestro mundo camina a marchas forzadas hacia la miseria y la tiranía. Las manchas forestales, el revestimiento vegetal de la Tierra, desaparecen. La vegetación arbórea es un estorbo. De 1882 a nuestros días más de un tercio de los bosques existentes en el mundo han sido destruidos. Dilatadas extensiones de Indonesia, el Congo y Kazahstan, ayer selvas impenetrables, ofrecen hoy al contemplador su monda desnudez. La humanidad requiere pistas y cultivos y, ante esta urgencia, elimina aquello – los bosques– que, momentáneamente, no le es necesario para sobrevivir. El doctor Piquet Carneiro, presidente de la Fundación para la Conservación de la Naturaleza en el Brasil, ha denunciado a su Gobierno que diariamente se derriban allí un millón de árboles con objeto de abrir las autopistas Perimetral Norte y Transamazónica, al norte y sur, respectivamente, del río Amazonas. No es preciso decir que sus voces de alarma contra estos tremendos arboricidios no encuentran eco. El primero vivir y luego filosofar se impone de nuevo. Por otra parte, la afrenta que los países atrasados infligen a la naturaleza está justificada. Porque ¿qué razones morales podrán aducir los países industrializados para vetar el noble afán de los países necesitados para salir de un hambre de siglos?

Nos encontramos, pues, con que el saqueo de la naturaleza, basado incluso en argumentos éticos, resulta por el momento irremediable. Occidente ha montado su prosperidad sobre el abastecimiento de materias primas de sus colonias y, una vez que éstas consiguen la autonomía, el viejo equilibrio se descompensa y se rompe. De aquí que, más que el gasto de metales y recursos no recuperables, a mí, personalmente y en líneas generales, me alarma el despilfarro de aquellos que pueden recuperarse y, sin embargo, no se recuperan. Gastar lo que no puede reponerse puede obedecer a una exigencia de un estadio de civilización voraz que a nosotros mismos, sus autores, nos ha sorprendido, pero terminar con aquello que nos es imprescindible y cuyo final pudo preverse revela un índice de rapacidad y desidia que dicen muy poco en favor de la escala de valores que rige en el mundo contemporáneo.

La naturaleza envilecida. Pero, sin duda, tan imprudente como el despilfarro progresivo de nuestros recursos, es la disposición humana para ensuciar los que nos quedan, hasta el punto, en muchos casos, de hacerlos inservibles. Por este camino accedemos a una situación crítica: la actual complejidad técnica ya no nos permite utilizar unas cosas sin manchar otras. Esta actitud encierra un peligro inmediato, supuesto que a cambio de un poco más de comodidad hemos degradado el medio ambiente. Aparece así la contaminación, vocablo que está en todas las bocas y en las primeras planas de todos los diarios pero que todavía no ha podido modificar sustancialmente nuestra conducta. La conciencia de este riesgo inspiró, no obstante, las Conferencias de París de 1968 y Londres de 1970, y cristalizó en una serie de conclusiones bienintencionadas en el Congreso de Estocolmo de 1972. El hecho de que a esta última reunión asistieran representantes de ciento diez países indica que la preocupación se ha generalizado, pero, al propio tiempo, el que únicamente siete de ellos se avinieran a satisfacer una cuota para la constitución de un fondo de protección del medio demuestra que dicha preocupación ni es profunda ni se considera vital por la inmensa mayoría de los gobiernos. De la contaminación se

habla mucho, como digo, pero la amenaza que comporta, salvo en casos aislados, no cala, no empuja a la acción. Por el contrario, cada país, por su cuenta y riesgo, sigue soñando con incrementar la renta nacional bruta y el nivel de vida de sus habitantes. El problema se estanca, pues, en la pura retórica. Las palabras no concuerdan con los hechos: digo que quiero limpiar pero en realidad lo que hago es seguir ensuciando. Empero, algo hay aprovechable en este Congreso de Estocolmo: por primera vez se acepta que las posibilidades de regeneración del aire, la tierra y el agua, aunque grandes, no son ilimitadas; por primera vez se acepta la posibilidad de que nuestro mundo se vuelva inhabitable por obra del hombre.

El hombre, desde su origen, guiado por unas miras que pretenden ser prácticas, ha ido enmendando la plana a la naturaleza y convirtiéndola en campo. El hombre, paso a paso, ha hecho su paisaje, amoldándolo a sus exigencias. Con esto, el campo ha seguido siendo campo pero ha dejado de ser naturaleza. Mas, al seleccionar las plantas y animales que le son útiles, ha empobrecido la naturaleza original, lo que equivale a decir que ha tomado una resolución precipitada, porque el hombre sabe lo que le es útil hoy pero ignora lo que le será útil mañana. Y el aceptar las especies actualmente útiles y desdeñar el resto supondría, según nos dice Faustino Cordón, sacrificar la friolera de un millón de especies animales y medio millón de especies vegetales, limitación inconcebible de un patrimonio que no podemos recrear y del que quizá dependieran los remedios para el hambre y la enfermedad de mañana. Así las cosas, y salvo muy contadas reservas, apenas queda en el mundo naturaleza natural.

Pero podría parecer frivolidad dolernos de la desaparición de un paisaje –agravada últimamente por todo lo que una civilización primordialmente técnica trae consigo y por la burda inserción de lo urbano en lo rural– cuando ni siquiera somos capaces de mantener este paisaje domesticado en condiciones de habitabilidad aun a conciencia de que su degradación puede ser nuestra muerte. Durante los últimos años, el medio ambiente ha sido la víctima propiciatoria del progreso humano. Y, para mayor escarnio, la influencia del hombre se ha producido cuando menos trataba de influir en él, es decir, en la lucha frontal por producir ciertas alteraciones en el medio, el medio se ha resistido. Pongamos por caso, las tentativas rusas y americanas por modificar el clima, provocando la lluvia artificial, diluyendo la niebla o licuando el granizo. Estos proyectos, hasta el día, han tenido unos resultados muy cortos por no decir irrisorios; prácticamente han sido nulos. Los aviones siguen buscando un aeropuerto despejado para aterrizar cuando sobre el destino se cierne la niebla, y las cosechas, periódicamente, se agostan por falta de agua o son arrasadas por la piedra sin que el hombre, pese a sus alardes técnicos, acierte a evitarlo. La influencia del hombre sobre el medio se ha producido, para mal, por vía indirecta, cuando ha pretendido forzar la producción de la tierra o multiplicar sus industrias o su velocidad en un nuevo intento por aumentar su confort y su nivel de vida. Es una vez más el culatazo del progreso. En este orden de cosas, el caso, ya citado, de los aviones a reacción es expresivo.

Otro tanto, aunque con un influjo más inmediato y palmario, podríamos decir de los gases de combustión expelidos por fábricas, calefacciones, automóviles, quemadores de basuras, etcétera, particularmente en las concentraciones industriales y las grandes ciudades. Esta contaminación, además de su nocividad sobre las vidas animal y vegetal, provoca serios trastornos en la salud humana, hecho especialmente patente en determinadas circunstancias meteorológicas. Lo ocurrido en el Valle del Mosa, Pensilvania y Londres es sumamente ilustrativo a este respecto. Por su parte, Manuel Toharia, desde el diario *Informaciones*, nos dice que el Madrid de 1973 ha estado más

cargado de contaminantes que el Madrid de 1972 en un quince o veinte por ciento. Hoy, aunque a falta de datos concretos, podemos asegurar que el de 1974 lo ha estado más aún que el de 1973. Y yo me pregunto: ¿hasta cuándo podrá soportar nuestra capital esta mefítica progresión?

Por otro lado, sin ningún título científico, sino como hombre de campo, como simple cazador, vengo observando en amplias zonas de la meseta castellana –riberas del Duero en las proximidades de Tordesillas, Benavente en Zamora, etcétera– una regresión de la perdiz roja en aquellos puntos en que el secano va siendo sustituido por el regadío. ¿Es que son incompatibles la perdiz roja y el agua? Lo ignoro. Simplemente constato el fenómeno. Pero sí se me ocurre pensar si este decrecimiento no estará relacionado con los distintos tratamientos de la tierra. Veamos. Las siembras de secano en Castilla no son fumigadas con pesticidas o lo son en muy escasa medida, en tanto la huerta –las patatas, por ejemplo– lo es hasta seis y siete veces por temporada, dosis que van en aumento ante la progresiva resistencia del escarabajo a todo tipo de fármacos. Llegados a este punto, la apelación a las teorías de la naturalista americana Rachel Carson se impone. Esta señora relaciona la casi total desaparición del petirrojo y el pigargo de cabeza blanca o águila calva, en Estados Unidos, con el abuso de pesticidas. En el mismo sentido discurren los informes de José Antonio Valverde, quien meses antes de la catástrofe ornitológica de Doñana, en septiembre de 1973, observó que los nidos de aguiluchos laguneros y zampullines albergaban huevos sin cascarón, apenas protegidos por una débil membrana. Estas sospechas nos llevan, aun sin quererlo, a las experiencias de los doctores De Witt, Rudd y Wallace, cuyos resultados coinciden. De Witt ha criado codornices incluyendo dosis crecientes de DDT en su dieta; los pájaros así alimentados no murieron y su puesta fue normal, pero contados de esos huevos dieron pollo y, de los nacidos, menos de la mitad sobrevivieron al quinto día de la eclosión. El doctor Rudd efectuó la misma experiencia con faisanes y, aquí, la puesta disminuyó a la mitad y, de los faisancitos nacidos, sólo una mínima parte lo hicieron en condiciones de viabilidad. Por su parte, los doctores Wallace y Bernard, que han experimentado con petirrojos, han llegado a conclusiones científicas dolorosas; elevadas concentraciones de pesticidas se almacenan en los testículos de los machos y los ovarios de las hembras, con lo que el veneno acumulado en la parte del huevo que alimenta el embrión es causa inmediata de su frustración y su muerte.

Entiendo que aplicar a nuestros campos los resultados de estas experiencias no constituye ningún disparate. Los plaguicidas podrán no afectar directamente a la integridad de las aves adultas –aunque ello dependerá, imagino, del grado de concentración– pero sí afecta, por lo que parece, a su reproducción. Y esto, que explica la desaparición del águila calva en Estados Unidos, puede también explicar la casi total ausencia de perdices jóvenes en los regadíos castellanos, siquiera esta causalidad esté todavía, en cierto modo, por demostrar. Mas la sola sospecha ya es turbadora, con mayor motivo cuando sabemos que el futuro nos reclamará dosis de pesticidas cada vez más elevadas, ya que aunque los países desarrollados consigan fármacos menos persistentes pero más tóxicos que los actuales, los países pobres seguirán con los no degradables cuya fabricación es más barata. De este modo se calcula que si Asia, África y Sudamérica aspiran a doblar su producción agrícola, las ciento veinte mil toneladas métricas de pesticidas que hoy utilizan se convertirán, dada la mayor resistencia progresiva de los insectos a estas fumigaciones, en setecientos veinte mil. Venimos a caer así en otra de las trampas biológicas de que habla Burnet al enfrentarnos con una disyuntiva extrema: no comer o envenenarnos.

Este azote de la contaminación, que estoy tratando de concretar en unos ejemplos ilustrativos, asume tonalidades aún más sombrías en el mar, donde, por diversas vías –ríos, lluvias, barcos– confluyen todos los elementos contaminantes que el hombre ha puesto en circulación: residuos radiactivos, detergentes, petróleo, fosfatos, mercurio, plaguicidas, etcétera. Ciertamente las posibilidades de recuperación del mar son muy crecidas, pero a estas alturas del siglo XX el hombre puede también vanagloriarse de haberlas rebasado. Se abre así una eventualidad patética: la de la posible muerte del mar, posibilidad no muy remota, puesto que algunos mares interiores bien puede afirmarse que han entrado en agonía. El Báltico, por ejemplo, donde desembocan doscientos ríos procedentes, casi todos, de países fuertemente industrializados, es un gigantesco pozo de infección. A estas alturas, infinidad de peces padecen tumores –el «tumor rojo» lo contraen un setenta y cinco por ciento de anguilas–, otros sufren repugnantes enfermedades de la piel y no pocos mueren tras una prolongada fase de ceguera a causa de los residuos radiactivos de la central nuclear de Hmnö. Y todos los pescados de estas aguas, sin excepción, almacenan tales dosis de mercurio, DDT y PCB que su ingestión resulta gravemente peligrosa para el hombre (no olvidemos que basta una dosis de mil doscientos microgramos de mercurio para matar a un ser humano y la mitad para trastornarle gravemente su sistema nervioso). Resultan, pues, muy discretas y justificadas las advertencias del profesor sueco Gunnel Westö de que no se coma pescado costero más allá de una vez por semana, ni azul de altura, en raciones superiores a ciento cincuenta gramos, y la circular del Ministerio Marítimo polaco en el sentido de que hay extensos sectores del mar Báltico donde la vida ha desaparecido, puesto que ni las bacterias, ni los microbios han podido soportar el grado de contaminación de aquellas aguas. Algo semejante podríamos decir de nuestro Mediterráneo, aunque los estudios verificados hasta el día no sean tan minuciosos.

Sería un error, sin embargo, imaginar que «la muerte del mar» es problema restringido a aguas interiores o a áreas altamente industrializadas. Con una mayor o menor incidencia de contaminantes, el riesgo es general. El oceanógrafo Vital Alsar, que realizó hace pocos años un periplo alrededor del mundo, manifestó que durante más de un tercio de su viaje no navegó sobre agua sino sobre petróleo. El petróleo –cuya extinción en la Tierra pronto deploraremos– se pierde en el mar en proporciones tan notables que ocasiona su asfixia, ya que la película de aceite que se extiende sobre su superficie impide la oxigenación del agua y la fotosíntesis, provocando la muerte de fauna y flora. Empero, este hecho únicamente se hace noticia de periódico cuando la derrama se produce de una vez y por accidente, como aconteció en 1967 con el petrolero *Torrey Canyon* originando la famosa «marea negra» que costó la vida a cien mil aves acuáticas. Pero si tenemos en cuenta que el *Torrey Canyon* desplazaba ciento dieciocho mil toneladas y que hoy se construyen petroleros de quinientas mil y se proyectan de un millón, concluiremos que la vida en el mar pende de un hilo, supuesto que estas derramas accidentales serán cada vez mayores y a ellas habrá que añadir los vertidos intencionados, procedentes de baldeos y limpieza de tanques, y otros ocasionales que, aunque sin tanta espectacularidad, vienen a representar anualmente lo que cuarenta o cincuenta *Torrey Canyon*. Y ante este problema la esperanza de que quien descubrió el mal descubrirá el remedio es muy vaga y remota. Por de pronto, el uso de disolventes que se aplicó ya a la «marea negra» en Inglaterra fue peor que la enfermedad. El profesor Eric Smith describe así el espectáculo de la costa después del tratamiento: «En la superficie del mar grandes cantidades de diminutos flagelados habían muerto o estaban muriendo. Los huevos de las sardinas

se desintegraban o se desarrollaban anormalmente. En las rocas nada quedaba, salvo espesas matas de algas, muertas o moribundas. La superficie de los escollos estaba totalmente vacía de animales, mientras en la base se apiñaba un verdadero cementerio de conchas». Todo esto confirma que hemos creado una técnica avanzadísima con objeto de perfeccionar el mundo y lo que estamos consiguiendo es destruirlo. El navegante Cousteau, después de un largo viaje por los océanos Atlántico, Pacífico e Indico, realizando frecuentes inmersiones, declaraba en el Congreso de Londres que la vida submarina había disminuido en un treinta por ciento en los últimos quince años.

Mas el daño de la contaminación no es sólo directo. Sus efectos son muy complejos. Del Cañizo subraya la relación de la contaminación del medio y el hacinamiento con el desarrollo de ciertas afecciones psíquicas como la ansiedad, la angustia, la tensión, el erotismo y la agresividad. «Estadísticamente –dice– se ha demostrado que en una ciudad de doscientos cincuenta mil habitantes, se asesina el doble, se viola el triple y se roba siete veces más que en un conjunto de pueblos pequeños que sumen los mismos doscientos cincuenta mil habitantes.» Esto ratifica la afirmación de Erich Fromm de que para conseguir una economía sana hemos producido millones de hombres enfermos. Y posiblemente la cadena de males no se interrumpa aquí, puesto que del mismo modo que los contaminantes influyen en enfermedades degenerativas como el cáncer y la leucemia, según se ha demostrado, cabe que lo hagan también sobre ciertas enfermedades y malformaciones congénitas de las que se observa un incremento en nuestro tiempo. En cualquier caso, es obvio que las conquistas rutilantes de la técnica no bastan para ocultar sus miserias.

No desconozco, claro está, los esfuerzos recientes de algunos países para contrarrestar los efectos perniciosos de una mecanización desenfrenada. Los ejemplos de Londres al promulgar la Ley de Aire Puro de 1965 y la reunión de los países ribereños del Báltico en Gdansk el otoño de 1973 para intentar la recuperación biológica de este mar son, sin duda, dignos de ser imitados. Pero las iniciativas aisladas significan poca cosa en este terreno. Los hombres debemos convencernos de que navegamos en un mismo barco y todo lo que no sea coordinar esfuerzos será perder el tiempo. ¿De qué vale, pongo por caso, que Norteamérica instale depuradoras en sus fábricas de cemento si luego estimula la producción de las españolas –que no las tienen– para comprárselo más barato? ¿Qué adelantamos regulando la pesca de la ballena en acuerdos internacionales si Rusia y Japón eluden el compromiso para aprovecharse de la cordura y la inhibición ajenas? ¿Qué sentido tienen las precauciones suecas con los vertidos de sus papeleras si las rusas llenan el mar Báltico de mercurio? ¿Qué podemos sacar, en fin, en limpio de la disposición americana proscribiendo el empleo del DDT si al mismo tiempo envía sus excedentes a los países subdesarrollados a precios de saldo? Mientras el respeto a los delicadísimos mecanismos ecológicos no sea una actitud desinteresada y general, apenas adelantaremos un paso. En este juego participamos todos, pero nadie debe reservarse el derecho de hacer trampas. Nuestro planeta se salvará entero o se hundirá entero. Únicamente empleando la inteligencia y la razón podremos escapar de la amarga profecía de Roberto Rossellini cuando dice que «nuestra civilización morirá por apoplejía porque nuestra opulencia contiene en sí las semillas de la muerte».

Mi obra y el sentido del progreso

A la vista de los papeles garrapateados por mí hasta el día no necesito decir que el actual sentido del progreso no me va, esto es, me desazona tanto que el desarrollo técnico se persiga a costa del hombre como que se plantee la ecuación técnica-naturaleza en régimen de competencia. El desarrollo, tal como se concibe en nuestro tiempo, responde, a todos los niveles, a un planteamiento competitivo. Bien mirado, el hombre del siglo XX no ha aprendido más que a competir y cada día parece más lejana la fecha en que seamos capaces de ir juntos a alguna parte. Se aducirá que soy pesimista, que el cuadro que presento es excesivamente tétrico y desolador, y que incluso ofrece unas tonalidades apocalípticas poco gratas. Tal vez sea así, es decir, puede que las cosas no sean tan hoscas como yo las pinto, pero yo no digo que las cosas sean así, sino que, desgraciadamente, yo las veo de esa manera. Por si fuera poco, el programa regenerador del Club de Roma con su fórmula del «crecimiento cero» y el consiguiente retorno al artesanado y «a la mermelada de la abuelita», se me antoja, por el momento, utópico e inviable. Falta una autoridad universal para imponer estas normas. Y aunque la hubiera: ¿cómo aceptar que un Gobierno planifique nuestra propia familia? ¿Sería justo decretar un alto en el desarrollo mundial cuando unos pueblos –los menos– lo tienen todo y otros pueblos –los más– viven en la miseria y la abyección más absolutas? Sin duda la puesta en marcha del programa restaurador del Club de Roma exigiría unos procesos de adaptación éticos, sociales, religiosos y políticos, que no pueden improvisarse. O sea, hoy por hoy, la humanidad no está preparada para este salto. Algunas gentes, sin embargo, ante la repentina crisis de energía que padece el mundo, han hablado, con tanta desfachatez como ligereza, del fin de la era del consumismo. Esto, creo, es mucho predecir. El mundo se acopla a la nueva situación, acepta el paréntesis; eso es todo. Mas mucho me temo que, salvadas las circunstancias que lo motivaron, la fiebre del consumo se despertará aún más voraz que antes de producirse. Cabe, claro está, que la crisis se prolongue, se haga endémica, y el hombre del siglo XX se vea forzado a alterar sus supuestos. Mas esta alteración se soportará como una calamidad, sin el menor espíritu de regeneración y enmienda. En este caso, la tensión llegará a hacerse insoportable. A mi entender, únicamente un hombre nuevo –humano, imaginativo, generoso– sobre un entramado social nuevo sería capaz de afrontar, con alguna probabilidad de éxito, un programa restaurador y de encauzar los conocimientos actuales hacia la consecución de una sociedad estable. Lo que es evidente, como dice Alain Hervé, es que a estas alturas, si queremos conservar la vida, hay que cambiarla. Pero a lo que iba, mi actitud ante el problema – actitud pesimista, insisto– no es nueva. Desde que tuve la mala ocurrencia de ponerme a escribir, me ha movido una obsesión antiprogreso, no porque la máquina me parezca mala en sí, sino por el lugar en que la hemos colocado con respecto al hombre. Entonces, mis palabras de esta noche no son sino la coronación de un largo proceso que viene clamando contra la deshumanización progresiva de la sociedad y la agresión a la naturaleza, resultados, ambos, de una misma actitud: la entronización de las cosas. Pero el hombre, nos guste o no, tiene sus raíces en la naturaleza, y al desarraigarlo con el señuelo de la técnica, lo hemos despojado de su esencia. Esto es lo que se trasluce, imagino, de mis literaturas y lo que quizá indujo a Torrente Ballester a afirmar que para mí «el pecado estaba en la ciudad y la virtud en el campo». En rigor, antes que menosprecio de corte y alabanza de aldea, en mis libros hay un rechazo de un progreso que envenena la corte e incita a abandonar la aldea. Desde mi atalaya castellana, o sea, desde mi personal experiencia, es esta problemática la que he tratado de reflejar en mis libros. Hemos matado la cultura campesina pero no la hemos sustituido por nada, al menos por nada noble. Y la destrucción de la naturaleza

no es solamente física, sino una destrucción de su significado para el hombre, una verdadera amputación espiritual y vital de éste. Al hombre, ciertamente, se le arrebató la pureza del aire y del agua, pero también se le amputa el lenguaje, y el paisaje en que transcurre su vida, lleno de referencias personales y de su comunidad, es convertido en un paisaje impersonalizado e insignificante.

En el primero de estos aspectos, ¿cuántos son los vocablos relacionados con la naturaleza, que, ahora mismo, ya han caído en desuso y que, dentro de muy pocos años, no significarán nada para nadie y se transformarán en puras palabras enterradas en los diccionarios e ininteligibles para el *homo technologicus*? Me temo que muchas de mis propias palabras, de las palabras que yo utilizo en mis novelas de ambiente rural, como por ejemplo *aricar*, *agostero*, *escardar*, *celemín*, *soldada*, *helada negra*, *alcor*, por no citar más que unas cuantas, van a necesitar muy pronto de notas aclaratorias como si estuviesen escritas en un idioma arcaico o esotérico, cuando simplemente han tratado de traslucir la vida de la naturaleza y de los hombres que en ella viven y designar al paisaje, a los animales y a las plantas por sus nombres auténticos. Creo que el mero hecho de que nuestro diccionario omita muchos nombres de pájaros y plantas de uso común entre el pueblo es suficientemente expresivo en este aspecto.

Y, por otro lado, ¿qué será de un paisaje sin hombres que en él habiten de continuo y que son los que le confieren realidad y sentido? A este respecto, Frederic Uhlman, refiriéndose a la creación de la reserva de Cevennes, escribe en *Le Nouvel Observateur*: «¿Qué interés tiene preservar la naturaleza en un parque nacional si luego no se puede encontrar allí a los que, desde siempre, han vivido la intimidad de su país; si no se encuentra allí a los que saben dar su nombre a la montaña y que, al hacerlo, le dan vida? Cada vez que muere una palabra de *patois*, que desaparece un caserío solitario en pleno campo o que no hay nadie para repetir el gesto de los humildes, su vida, sus historias de caza y el mito viviente, entonces es la humanidad entera la que pierde un poco de su savia y un poco más de su sabor». El chopo del Elicio, el Pozal de la Culebra o los almendros del Ponciano, a que me refiero en mi relato *Viejas historias de Castilla la Vieja*, son, en efecto, un trozo de paisaje y de vida, imbricados el uno en la otra, como los trigales de Van Gogh o nuestra propia casa animada por la personalidad de cada uno de nosotros y enteramente distinta a todas las demás incluso en el más pequeño de los desconchones. Cada una de esas parcelas del paisaje alberga historias o mitos que son vida, han sido vivificados por el Elicio o el Ponciano y, a la vez, hablan a los demás; el día que pierdan su nombre, si es que subsisten todavía físicamente, no serán ya más que un chopo, unos almendros o un pozal reducidos al silencio, objetivados, muertos, no más significantes que cualquier otro árbol o rincón municipalmente establecido. Y este destino, como añade Uhlman, nos advierte inequívocamente que nos estamos aproximando a uno más, y no el menos pavoroso, de los resultados de nuestra incontrolada tecnología: la pasión y muerte de la naturaleza.

El éxodo rural, por lo demás, es un fenómeno universal e irremediable. Hoy nadie quiere parar en los pueblos porque los pueblos son el símbolo de la estrechez, el abandono y la miseria. Julio Senador advertía que el hombre puede perderse lo mismo por necesidad que por saturación. Lo que no imaginaba Senador es que nuestros reiterados errores pudieran llevarlo a perderse por ambas cosas a la vez, al hacer tan invivible la aldea como la megápolis. Los hombres de la segunda era industrial no hemos acertado a establecer la relación técnica-naturaleza en términos

de concordia, y a la atracción inicial de aquélla concentrada en las grandes urbes sucederá un movimiento de repliegue en el que el hombre buscará de nuevo su propia personalidad, cuando ya tal vez sea tarde porque la naturaleza como tal habrá dejado de existir.

En esta tesitura, mis personajes se resisten, rechazan la masificación. Al presentárseles la dualidad técnica-naturaleza como dilema, optan resueltamente por ésta, que es, quizá, la última oportunidad de optar por el humanismo. Se trata de seres primarios, elementales, pero que no abdican de su humanidad; se niegan a cortar las raíces. A la sociedad gregaria que les incita, ellos oponen un terco individualismo. En eso, tal vez, resida la última diferencia entre mi novela y la novela objetiva o behaviorista. Ramón Buckley ha interpretado bien mi obstinada oposición al gregarismo cuando afirma que en mis novelas yo me ocupo «del hombre como individuo y busco aquellos rasgos que hacen de cada persona un ser único, irrepetible». Es ésta, quizá, la última razón que me ha empujado a los medios rurales para escoger los protagonistas de mis libros. La ciudad uniforma cuanto toca; el hombre enajena en ella sus perfiles característicos. La gran ciudad es la excrescencia y, a la vez, el símbolo del actual progreso. De aquí que el Isidoro, protagonista de mi libro *Viejas historias de Castilla la Vieja*, la rechace y exalte la aldea como último reducto del individualismo: «Pero lo curioso –dice– es que allá, en América, no me mortificaba tener un pueblo y hasta deseaba que cualquiera me preguntase algo para decirle: “Allá, en mi pueblo, al cerdo lo matan así o asao”. O bien: “Allá en mi pueblo, la tierra y el agua son tan calcáreas que los pollos se asfixian dentro del huevo sin llegar a romper el cascarón”... Y empecé a darme cuenta entonces de que ser de pueblo era un don de Dios y que ser de ciudad era un poco como ser inclusero, y que los tesos y el nido de la cigüeña y los chopos y el riachuelo y el soto eran siempre los mismos, mientras las pilas de ladrillos y los bloques de cemento y las montañas de piedra de la ciudad cambiaban cada día y, con los años, no quedaba allí un solo testigo del nacimiento de uno, porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por aquello del progreso y las perspectivas de futuro».

Esto ya expresa en mis personajes una actitud ante la vida y un desdén explícito por un desarrollo desintegrador y deshumanizador, el mismo que induce a Nini, el niño sabio de *Las ratas*, a decir a Rosalino, el Encargado, que le presenta el carburador de un tractor averiado, «de eso no sé, señor Rosalino, eso es inventado». Esta respuesta displicente no envuelve un rechazo de la máquina, sino un rechazo de la máquina en cuanto obstáculo que se interpone entre los corazones de los hombres y entre el hombre y la naturaleza. Mis personajes son conscientes, como lo soy yo, su creador, de que la máquina, por un error de medida, ha venido a calentar el estómago del hombre pero ha enfriado su corazón. Así, cuando Juan Gualberto, el Barbas, protagonista de *La caza de la perdiz roja*, se dirige a su interlocutor, el cazador, y le dice: «Desengáñese, jefe, los hombres de hoy ya no tienen paciencia. Si quieren ir a América, agarran el avión y se plantan en América en menos tiempo del que yo tardo en aparejar el macho para ir a Villagina. Y yo digo, si van con estas prisas, ¿cómo coños van a tener paciencia para buscar la perdiz, levantarla, cansarla y matarla luego, después de comerse un taco tranquilamente a la abrigada charlando de esto y de lo otro?», cuando el Barbas dice esto, repito, con su filosofía directa y socarrona, está exaltando lo natural frente al artificio avasallador de la técnica, está condenando los apremios contemporáneos, el automatismo y la falta de comunicación. En una palabra, está rechazando una torpe idea de progreso que, para empezar, ha dejado su pueblo deshabitado. El Barbas, como el resto de mis personajes, buscan asideros estables y creen encontrarlos en la naturaleza. El viejo

Isidoro regresa de América con la ilusión obsesiva de encontrar su pueblo como lo dejó. A su modo, intuye que el verdadero progresismo ante la naturaleza, como dice Aquilino Duque, es el conservadurismo. En rigor, una constante de mis personajes urbanos es el retorno al origen, a las raíces, particularmente en momentos de crisis: Pedro, protagonista de *La sombra del ciprés*, refugia en el mar su misoginia; Sebastián, de *Aún es de día*, escapa al campo para ordenar sus reflexiones; Sisí, el hijo de Cecilio Rubes, descubre en la naturaleza el sentido de la vida; a la Desi, la criada analfabeta de *La hoja roja*, la persigue su infancia rural como la propia sombra... Esta actitud se hace pasión en Lorenzo, cazador y emigrante, quien en un rapto de exaltación, ante el anuncio de una nueva primavera, escribe en su diario: «El campo estaba hermoso con los trigos apuntados. En la coquina de la ribera había ya chiribitas y matacandiles tempranos. Una ganga vino a tirarse a la salina y viró al guiparnos. Volaba tan reposada que la vi a la perfección el collarón rojo y las timoneras picudas ... Era un espectáculo ... Así, como nosotros, debió de sentirse Dios al terminar de crear el mundo».

Mis personajes hablan poco, es cierto, son más contemplativos que locuaces, pero antes que como recurso para conservar su individualismo, como dice Buckley, es por escepticismo, porque han comprendido que a fuerza de degradar el lenguaje lo hemos inutilizado para entendernos. De ahí que el Ratero se exprese por monosílabos; Menchu, en un monólogo interminable, absolutamente vacío; y Jacinto San José trate de inventar un idioma que lo eleve sobre la mediocridad circundante y evite su aislamiento. Mis personajes no son, pues, asociales, insociables ni insolidarios, sino solitarios a su pesar. Ellos declinan un progreso mecanizado y frío, es cierto, pero, simultáneamente, este progreso los rechaza a ellos, porque un progreso competitivo, donde impera la ley del más fuerte, dejará ineluctablemente en la cuneta a los viejos, los analfabetos, los tarados y los débiles. Y aunque un día llegue a ofrecerles un poco de piedad organizada, una ayuda –no ya en cuanto semejantes sino en cuanto perturbadores de su plácida digestión–, siempre estará ausente de ella el calor. «El hombre es un ser vivo en equilibrio con los demás seres vivos», ha dicho Faustino Cordón. Y así debiera ser, pero nosotros, nuestro progreso despiadado, hemos roto este equilibrio con otros seres y de unos hombres con otros hombres. De esta manera son muchas las criaturas y pueblos que, por expresa renuncia o porque no pudieron, han dejado pasar el tren de la abundancia y han quedado marginados. Son seres humillados y ofendidos –la Desi, el viejo Eloy, el tío Ratero, el Barbas, Pacífico, Sebastián...– que inútilmente esperan, aquí en la Tierra, algo de un Dios eternamente mudo y de un prójimo cada día más remoto. Estas víctimas de un desarrollo tecnológico implacable buscan en vano un hombro donde apoyarse, un corazón amigo, un calor, para constatar, a la postre, como el viejo Eloy de *La hoja roja*, que «el hombre al meter el calor en un tubo creyó haber resuelto el problema pero, en realidad, no hizo sino crearlo porque era inconcebible un fuego sin humo y de esta manera la comunidad se había roto».

Seguramente esta estimación de la sociedad en que vivimos es lo que ha movido a Francisco Umbral y a Eugenio de Nora a atribuir a mis escritos un sentido moral. Y, en verdad, es este sentido moral lo único que se me ocurre oponer, como medida de urgencia, a un progreso cifrado en el constante aumento del nivel de vida. A mi juicio, el primer paso para cambiar la actual tendencia del desarrollo, y, en consecuencia, de preservar la integridad del hombre y de la naturaleza, radica en ensanchar la conciencia moral universal. Esta conciencia moral universal fue, por encima del dinero y de los intereses políticos, la que detuvo la intervención americana en

el Vietnam y la que viene exigiendo juego limpio en no pocos lugares de la Tierra. Esta conciencia, que encarno preferentemente en un amplio sector de la juventud, que ha heredado un mundo sucio en no pocos aspectos, justifica mi esperanza. Muchos jóvenes del este y del oeste reclaman hoy un mundo más puro, seguramente, como dice Burnet, por ser ellos la primera generación con DDT en la sangre y estroncio 90 en sus huesos.

Porque si la aventura del progreso, tal como hasta el día la hemos entendido, ha de traducirse inexorablemente en un aumento de la violencia y la incomunicación, de la autocracia y la desconfianza, de la injusticia y la prostitución de la naturaleza, del sentimiento competitivo y del refinamiento de la tortura, de la explotación del hombre por el hombre y la exaltación del dinero, en ese caso, yo, gritaría ahora mismo, con el protagonista de una conocida canción americana:

«¡Que paren la Tierra, quiero apearme!».

Prólogo a un libro sobre la caza de patos que no llegó a escribirse y en el que, a la par que mi iniciación en aquel menester, glosó mi conocimiento de los socios del club Alcyon y los saberes cinegéticos del difunto señor
Antiloquio

1976

Aún no apunta la aurora y sobre la línea negra del horizonte se alzan, como cúpulas, los resplandores lejanos de los pueblos limítrofes: Villacañas, La Puebla, Don Fadrique, Quero, Alcázar de San Juan y Villafranca.

Marzo está a la vista, pero aún no se ha quebrado el letargo invernal, y bajo las estrellas friolentas, reflejadas en el agua, apenas se escucha el tímido *squic* de la focha o el graznido ronco del porrón común. Los ojos, habituados a la oscuridad, columbran la línea divisoria del agua y la tierra, las masas negras, horizontales, de los carrizos quebrando la bruñida superficie de la laguna. En el embarcadero reina un desorden perfectamente organizado. La víspera, tras la cena, se sortearon los puestos y yo aguardo a oír el santo y seña, «Ojuelos 1», para adelantarme hasta la punta del embarcadero. Llevo en una mano el zurrón con los cartuchos y la escopeta en la otra.

–Señor Antiloquio, éste es el señor Delibes y éste su hijo.

–Por muchos años.

–Y que usted lo vea.

Con el señor Antiloquio echamos un trago la noche antes. El señor Antiloquio es un hombre corpulento, congestivo. La piel tirante de su rostro hace pensar que pinchando allí o arrimando la punta de un cigarro allá estallarían como un globo. Años atrás, al señor Antiloquio hubiera sido pasto pintiparado para las sanguijuelas. El señor Antiloquio, a pesar de su corpulencia, se arrastra por los surcos de los sembrados en primavera y decapita a las avutardas de un disparo a tenazón. Ni el río ni la laguna tienen secretos para el señor Antiloquio. El señor Antiloquio mata el hambre, las penas y el frío con la bota que porta siempre a la vera. Antes de agarrar la pértiga bebe un trago y luego se rocía las palmas de las manos con vino:

–Así no crían callo.

–Ya.

Sus movimientos –los movimientos del señor Antiloquio son calmos y eficaces. Y también su voz. Apoya el extremo de la pértiga en la última tabla del muellecito y la barca se desembaraza perezosamente de los juncos, donde yace embarrancada. Su quilla es buida y su fondo plano, como los pataches del siglo XVI. Delante de nosotros navega ya silenciosamente otra barca. Sus pasajeros, y el barquero, pértiga en mano, enhiesto en la proa, se dibujan sobre el cielo estrellado: son los ocupantes de *Masiaga 2*, en el caz de salida de la laguna. Detrás quedan las voces, el caos organizado de los que aún aguardan. Sus palabras van distanciándose a cada golpe de pértiga. El señor Antiloquio no rema, arrastra la embarcación, asentando la vara en el fondo y dándole impulso.

–¿Así que por vez primera?

–Por vez primera, sí señor.

–Pues ya cogieron buen tiempo.

–Anteayer enrasó. Lo que hace falta es que dure.

–Eso.

La proa, al abrir camino, produce un leve chapoteo sedante. Lo mismo que las gotas que escurren de la pértiga cada vez que el señor Antiloquio la saca del agua. El profundo silencio, tímidamente punteado de cuando en cuando por las fochas impacientes, se rasga de pronto por encima de nuestras cabezas:

—¡Gaa-onc! ¡Gag-gag!

—¡La puta que los parió!

—¿Qué son?

—¡Qué han de ser! Los gansos —el señor Antiloquio alza la cabeza contra la oscuridad de la noche—: Van de paso —añade.

—¿Es que no asientan aquí?

—Mire usted, por mejor decir, el ganso aquí no es duradero. Puede tirarse a descansar unos días pero a su natural se marcha. No está a gusto, vaya. Próximo al Záncara puede ser, pero aquí no es duradero. Si yo le dijera que en una vida apenas si he cobrado cinco o seis en toda esta zona... Pues así es, aunque ustedes no lo crean. En cambio la grulla es otra cosa. La grulla es querenciosa de esto. Le gusta la cebada y la uva y en tiempos de la zanahoria, ¿qué les voy a decir? ¡Su plato favorito! ¡Buf! La grulla, por lo que sea, barrunta la zanahoria en el rastro de los gañanes...

El señor Antiloquio, en la proa, parece una estatua. El señor Antiloquio, pértiga en mano, parece Caronte. Compone una masa oscura, coronada por una boina capona, demasiado reducida para su corpulencia. Maneja la pértiga con la misma indiferencia que si fuese un cigarrillo.

—Lo malo de la grulla es que cada vez hay menos, ¿sabe usted? Yo me pienso que hay especies que tienden a desaparecer al paso que llevamos. Aquí antaño había unas juntas de grullas que para qué les voy a contar. ¡Millones! Ahí mismo, un poco más abajo, en la Reja, cobré una noche once. ¿Qué les parece? Y no seguí matando porque me acobardé. Al pueblo no pude bajar más que cuatro...

—¿Tanto pesa una grulla?

—¿Una grulla? Disforme. Una grulla tresmesilla, unas con otras, cinco kilos y no bajo ni cien gramos. Hágase cargo. Y no es que su tajada sea muy fina, entiéndame, pero bien arreglada, mejor que patatas.

Un silbido tenue y sostenido, seguido de un ruidoso chapuzón, se oye a estribor. El señor Antiloquio, pértiga en ristre, queda unos instantes suspenso. La inercia sigue arrastrando la barca por la bruñida superficie.

—Je, je. El rabudo está entrando a la querencia. ¡Pobrecillos! Si no me equivoco van a tener ustedes un buen día.

—Dios le oiga, señor Antiloquio. Y diga usted, el rabudo es pato sedentario, ¿no es así?

—Se... ¿qué?

—Anida aquí, vamos.

—Hombre, como anidar, aquí anidan el rabudo, el paletto y la cerceta. La cerceta es muy gustosa del verde, el caracolillo y el insecto, y, ya ve usted, de eso aquí en abundancia. No es como el colorado. El colorado es vegetariano, ya se sabe, y por lo mismo que come, la ova, o por lo que sea, su carne no es buena. Pero criar ya crían algunos pares. En poca cantidad ¿eh? Eso desde luego. Hay sitios aquí en el río que, en habiendo agua en abundancia, por lo que sea, el parro aguanta, en particular, como le digo, la cerceta y el rabudo. Por bajo del Balancho, en un

lugar que nosotros denominamos Pesarrubia, hay un cañizal donde es raro el año que no crían tres o cuatro pares de cercetas de invierno. Y aguas abajo, ya en el Záncara, de la parte del Cigüela, el rabudo otro tanto.

Mi hijo y yo, aculados en el banco, vemos fosforecer la estela bajo la popa. Cuando cesa la voz potente, levemente metálica y campanuda del señor Antiloquio, el silbido del rabudo encarrizado se hace más quedo y tenue; se difumina. La barca circunda ahora una islilla de carrizos y aboca a un lucio, dilatado como la mar. Se oye el revuelo de una punta de aves que se ponen en movimiento.

—¡Los estamos espantando, señor Antiloquio!

—Déjelos estar. Ya volverán.

—¿Usted cree?

—El señorito Moncho, que sabe de esto, ya lo dice: si de noche se mueven, de día llueven. Eso dice el señorito Moncho y sabe de esto.

A Ramón Coronado, o Moncho Coronado, que por ambos nombres atiende, lo conocí, como al resto de los componentes del grupo Alcyon, hace ahora cinco años, con ocasión del décimo cumpleaños del club. Acababa yo de llegar de Norteamérica cuando recibí una invitación para hablar de caza en la Sala Biosca, de Madrid, y a mí toda esta serie de palabras engarzadas («club de caza»-«Madrid»-«Alcyon»-«Biosca») me sonó a madurez y aristocracia, mas, como todo fuesen facilidades, acudí a la cita y entonces me encontré con un grupo de muchachos sencillos —el mayor de los cuales apenas si rebasaría la treintena— íntimamente compenetrados por la afición a la caza. Fue la mía, en aquella ocasión y como de costumbre, una charla superficial y de circunstancias. Regresaba a España impresionado por la artificiosidad de la caza en Norteamérica y me limité a exponer entonces el riesgo que corríamos de no acotar a tiempo nuestro improvisado y prematuro desarrollo. Partiendo de nuestra incivilidad en el campo y de nuestra innata disposición a abusar de los placeres cinegéticos, concluí diciendo que, si no nos organizábamos para conservar lo que aún teníamos, terminaríamos depositando el sábado en el monte los bichos que luego habríamos de cazar el domingo. Aún recuerdo que, en el coloquio subsiguiente, Yebes y yo discutimos un rato sobre el ojeo y Alejandro Fernández de Araoz y Joaquín Garrigues apostillaron aquella grata reunión con el ingenio que caracterizaba al primero y la precisión y sabiduría que de siempre han definido el docto magisterio del segundo. La sangre, pues, no llegó al río y en la cena que siguió a la conferencia me di cuenta de que entre los miembros del club Alcyon, sensiblemente más jóvenes que yo, y mi persona se iba anudando un lazo afectivo que podía más que la edad y la distancia, puesto que se cimentaba en una pasión común y una manera de entender esta pasión bastante aproximada. Con los Alcyon estaban sus mujeres o sus novias, y aquellas muchachas, si no compartían la avidez cinegética de sus parejas, sí se entusiasmaban con su entusiasmo, que no es poco. A partir de entonces, comencé a poner nombres a aquellos rostros hasta el momento indiferenciados. Paco León era, sin duda, el intelectual del grupo; Juan Ramón Sánchez Amarillas, el venador fogoso (con el tiempo se quebraría una pata por precipitarse en pos de unas perdices); Ramón Coronado, el pajarero metódico, el reposado observador de la naturaleza, el estudiante minucioso y sin prisas; Aguilera, el andaluz fino y comedido; Paco

González Bueno, el opositor tenaz, decidido a sacrificar la caza un tiempo en aras de la oposición; Juan Moreno, el taciturno, que se aceleraba de pronto al calor de la conversación, mientras Javier Martínez-Avial, el sabio administrador de su vida (de forma que la mitad de ella pueda pasarla en el campo), ponía en los diálogos entrecruzados una nota de ironía. Era aquél un grupo heterogéneo pero que en cuestiones venatorias se complementaba. Eran como las piezas de un puzzle: cada uno con sus entrantes y salientes, sus ensenadas y sus cabos, pero que a la hora de encajar unos con otros constituían un todo orgánico, aglutinado y armonioso.

La inmovilidad deja sentir las espinas del frío en las manos y las puntas de los pies. La cúpula luminosa de La Puebla de Almuradiel se va ensanchando. La nebulosa inicial refuerza su intensidad, ahora hacia lo alto y los costados. Paulatinamente el día se va haciendo y, con el día, llegan los primeros trompeteos *-kraoj-kraoj-* de la garza real y las carcajadas *-cuej-cuej-* un poco siniestras de la gaviota reidora. El señor Antiloquio boga parsimoniosamente y la superficie de la laguna va adquiriendo un rebrillo progresivo:

–Ya amanece Dios.

Hay una pausa en la que no se oye sino el chapoteo del agua en las amuras. Nuestra irrupción sigilosa provoca el vuelo reiterado de los ánades sorprendidos.

–Diga usted, señor Antiloquio, ¿y el parro marcha siempre por las mismas fechas?

El señor Antiloquio deposita lentamente la vara sobre la barca, toma la bota, echa hacia atrás la cabeza y bebe solemne, litúrgicamente, con respeto. Al concluir, se pasa el envés de su mano amocillada por los labios:

–Quia, no señor –dice–, eso depende; hay años y años. Por regla general, si es duradero el invierno es duradera la caza. Pero para mí que marzo es el mes más provechoso. Y ya ve lo que son las cosas, ahora en marzo no se puede cazar. Es la ley. Ellos sabrán por qué. Y marzo es un mes bueno, como se lo digo, en particular para la caza que no cría aquí. El quitar la caza no creo que tenga fundamento si no es por el azul del azul. Es lo que yo digo, si fuéramos buenos tiraríamos sólo la caza de invierno, pero lo que pasa, ¡el azul es tan temprano! Hay años, fíjese bien, que en abril ya tiene postura. A primeros de mayo yo mismo he visto sacar pollos ahí, en los tarayes de la desembocadura.

–Hay quien dice que en febrero el azul ya anda anidando.

El señor Antiloquio boga de nuevo, conduciendo hábilmente la barca entre los pasillos de carrizo. La luz es aún tan mezquina que no pueden divisarse los pájaros que acuden al chapuzón de la querencia.

–Bueno, hombre, tanto no diría yo. En febrero, por regla general, el azul ya anda en pares, calentándose y eso. Y no es que sea el celo entonces, entiéndame, es que, por lo que sea, es un animal muy vicioso ése.

–¿Ah, sí?

–Por demás, créame. En la especie de caza fina, el azul es, ¿cómo le diría yo?, parigual a las personas. Yo creo que ahora mismo, si se terciara... Y lo hacen, no crea usted que no. En pleno invierno, les mira usted y ya se están guarreando, la hembra comprometiendo al macho, ¡la muy

zorra! Y no es que se apareen, no señor; es que, como le digo, el azulón es un pájaro muy vicioso, por lo que sea, que yo en eso no me meto. Ya ve, nosotros, los humanos, tenemos conciencia, pero en este punto no creo que seamos mejores.

La barca surca el agua, salta de ojuelo en ojuelo, sigilosamente. Las isletas de Masiega van adquiriendo vida en la luz difusa, cruda, del lento amanecer. Suena el mugido *–jump–* del avetoro.

–¿Ve usted aquel cañaveral, a mano derecha, el más espeso, detrás de estos carrizos?

–Lo veo, señor Antiloquio.

–Pues ve ahí tienen ustedes su puesto, el Ojuelos, un buen puesto, sí señor.

El despertar de la laguna tiene algo del despertar del patio de vecindad. Ruidos, voces, réplicas que se entrecruzan. Al modulado rasgueo del zampullín, responde el archibebe desde las aguas someras de las orillas. La calina se cierne sobre el horizonte y acota las perspectivas.

–Una pregunta, señor Antiloquio, el parro sedentario ¿muda aquí la pluma?

–Hombre, aquí sí, pero el parro busca para eso lo espeso, que le ofrece mejor defensa. El mancón no vuela o vuela torpemente. De ordinario, el animal en muda baja al Záncara, que tiene un suelo muy propio y el agua arrastra menos salitre. A veces, los que pueden valerse se llegan a los lavajos salobres pero, por lo que sea, no es lo corriente, no señor. Y si van es de capricho, al alcahueteo, como suele decirse, porque ya se sabe que de noche la caza no para. Es su vida, toda la especie. En cambio, de día, a descabezar una siesta.

–Y de las lagunas de por aquí ¿cuál es la más querenciosa para caza fina?

–Hombre, la mejor es ésta, el Taray, claro, aunque también hay charcas de vega apañadas, especialmente una que llamamos el Balancho. Es muy bueno el Balancho, ¿sabe usted? Y también otra que le decimos el Hinajal. Hay años y años, entiéndame, que temporadas ha habido en Rioviejo, pongo por caso, en que la caza, querenciada por la bellota, ha hecho pero que muy buenas juntas. Para más, la caza allí está sujeta. Porque es lo que yo digo, la caza, donde ve otra caza, allí se va, allí se asienta.

El señor Antiloquio boga a un ritmo regular, sin prisas y sin pausas, y el agua se rasga mansamente ante la proa del bote:

–Al pato, por lo que sea, no le gusta estar solo, no señor. Lo que nos pasa a todos. ¿Qué cree usted que ocurre en la laguna de Villafranca? ¿Cree usted que aquello es un buen cazadero? Pues no, señor; y si no fuera por la focha, ¿cómo se iba a sujetar la caza allí? Lo primero, ni hay comida, ni tiene buen descanso, está escueto, si sopla el norte no tiene abrigo ni por un sitio ni por el otro... Pero la caza es como todo, a ver, donde ve bulto. ¿Quién cree usted que queda por estos pueblos de Dios? ¡Cuatro gatos! El personal, lógico, se va a Madrid, donde están los manchones, como suele decirse. Pues la caza fina lo mismo. ¿Dónde va Vicente? Pues ya se sabe, donde va la gente.

El señor Antiloquio hace una pausa, iza la pértiga y la apoya en los carrizos de la isla como si fuese un bichero. Su expresión cachazuda no se altera.

–Hemos llegado –dice.

Embarranca el bote para que nos apeemos y luego mira a lo alto, donde las estrellas se han borrado:

–Anda calmo –dice–. Frío no van a pasar; de caza ya veremos.

–¿Es que es malo el sereno para el parro?

–A saber. El viento, el hielo y la lluvia le van bien a la caza esta. Por lo que sea, lo malo es bueno y lo bueno es malo aquí, para que usted me comprenda. Ahora, la que sea, sonará.

–Ya.

Mi primera excursión cinegética con los Alcyon tuvo por destino Brozas. Previamente me habían calentado la sangre con una colección de diapositivas en las que cada escopeta –media docena– sostenía difícilmente –a pesar de esforzarse por adoptar una actitud gallarda– una avutarda de diez kilos. Aquello era como para engolosinar al venador más frío.

–Dormiremos allí –me dijeron.

Lo que no me dijeron es que allí no había donde dormir; es decir, había una pequeña casa pero desamueblada e inhóspita. Al concluir la cena, a la luz de una candela, cada uno se refugió en un rincón, al amor de las brasas, envuelto en un saco o una manta de pastor, sin darle mayor importancia.

–Para ti hay cama –me advirtieron.

Pero aquella noche en una cama quejumbrosa, que compartí con Paco León, a nuestros pies Martínez-Avial, con la puntita del cigarro –como un faro piloto– perpetuamente encendida, me hizo el efecto de un viaje. No dormí. Las seis avutardas de las diapositivas daban vueltas en mi cabeza y espantaban el sueño. Al cabo amaneció y armados de escopetas, prismáticos, cámaras fotográficas y unas pocas viandas, nos acomodamos en un jeep y un Dos caballos, e iniciamos la aventura avutardera. Paco León y Sánchez Amarillas dirigían la operación. Prismáticos en ristre, oteaban páramos y vaguadas de una topografía cuya nota típica era el desamparo. Allí no había avutardas ni casi pájaros. Los caminos estaban intransitables y nuestro frugal desayuno traqueteaba en el estómago como en una coctelera. Pinchó el Dos caballos. En tanto lo arreglábamos marchó el jeep en descubierta. Regresó. No había pájaros en perspectiva. A mediodía decidimos buscar al experto del lugar, el señor Crispulo.

–Señor Crispulo, ¿puede saberse dónde andan los pájaros?

–¿Las avutardas?

–Sí señor, las avutardas.

–Ésas no faltan, si no andan junto al carril del cemento río, en el alto las encontraremos, y si no están en el alto, en las judías del Quinito es fijo.

El señor Crispulo se colocó junto a Juan Moreno, conductor del jeep. Tomamos el carril del cementerio y nada. Llegamos al alto, lo recorrimos y nada.

–Señor Crispulo –dijimos varios a coro–, ¿por qué no nos arrimamos a las judías del Quinito?

–¿A las judías del Quinito?

–A ver. Por lo que usted dice, eso es la derecha ¿no?

–Pilla un poco a trasmano.

–¿Y qué más da? Una vez metidos en viaje...

Parecíamos una partida de guerrilleros aculados en los duros bancos laterales del jeep, las escopetas inútiles en la mano. El coche traqueteaba entre los relejes, sorteaba charcos, gruñía la segunda velocidad y, al cabo, encaramos las judías del Quinito. El señor Crispulo se desconcertó:

–¿Tampoco van a andar aquí las zorras de ellas?

Juan Moreno detuvo el automóvil. Fue Sánchez Amarillas quien inició el interrogatorio:

–Donde mi tío me han dicho que, desde hace dos semanas, hay un coche que no para de dar vueltas por aquí.

–Bien cierto es.

–¿Y quién es, si puede saberse?

–Gente del sur; gente bien, pero no me preguntes. También andan los de las obras de la presa, el aparejador o eso.

Total, que al declinar la tarde divisamos una pareja de avutardas a la caída de una loma y ante presas tan golosas y la total abstinencia de la jornada tomamos todas las precauciones imaginables para no irnos de vacío. Habida cuenta de la difidencia del pájaro colocamos los puestos, bien camuflados entre los canchos, en la falda de la vertiente opuesta, mientras los batidores se organizaban para reducir al mínimo la línea de fuga de las piezas. Yo tenía apostado a mi izquierda a Jaime Aguilera y a mi derecha a Martínez-Avial. Fue una espera expectante, en la conciencia de que era la última y única oportunidad de la jornada. Y cuando observé que el gran pájaro –el otro levantó y tomó la diagonal– se cernía y enfocaba la línea de escopetas, el pulso me empezó a temblar. Oía, lejos, el griterío de los ojeadores, el «¡ahí va!», «¡ahí va!» creciente y esperanzado. El ave aumentaba de tamaño con su vuelo solemne, de pausados y eficaces aletazos, mas a cosa de quinientos metros derivó ligeramente sobre el tolo de Martínez-Avial. Quise silbarle y no pude, mas al girar la cabeza observé cómo Avial se pegaba al peñasco y tomaba entre sus manos una especie de pequeño trabuco y apuntaba.

Seguí la operación con el corazón en la garganta, aguardando el estampido, a pesar de que Avial no dejó un momento de tomarle los puntos al pájaro. Cuando le sobrevoló y el ave se alejaba no me pude contener:

–¡Tira, coño! –chillé.

Pero él venía ya hacia mí con toda la impedimenta, sonriendo satisfecho, y alzó la voz para decirme:

–Ya tiré y no creo que en toda mi vida haya conseguido una fotografía de avutarda en vuelo como la de esta tarde.

–¡Vete a hacer puñetas! –grité indignado. Y le volví la espalda.

Espalda con espalda, mi hijo y yo nos repartimos los trescientos sesenta grados del círculo. Ciento ochenta para él y ciento ochenta para mí, las cuentas claras. El día progresa rápidamente pero con la friura se despega de la tierra un vaho poco denso que se cierne en torno a la isleta. Envuelto en fumarolas se aleja el señor Antiloquio, pértiga en mano, erguido en la proa de la barca, como Caronte; hace un leve ademán.

–Que Dios reparta suerte.

–Gracias, señor Antiloquio.

No hemos acabado de hablar, cuando una pareja de azulones, tascado el freno, nos sobrevuelan tratando de amerizar. Mi hijo Miguel no puede reprimir el movimiento instintivo de encararse la escopeta.

–¡Para quieto, tú! Aún no sonó la señal.

–¡Dios! Me han puesto temblón.

Un bando de cercetas levanta silbante del ojuelo inmediato y cruza el puesto de izquierda a derecha.

–¡La madre que las echó!

–Oye.

–¿Qué?

–Los carrizos estos suben y bajan; se pueden graduar a la altura que nos convenga. Los Alcyon dicen que es fundamental que el parro no te vea.

Arreglamos el puesto, construido en redondo, con el mismo carrizo de la isla, de la mejor forma para pasar inadvertidos. En el suelo húmedo hemos dejado abierto el zurrón de los cartuchos. Otro bando, éste muy nutrido, de parros inidentificables, vuela mansamente sobre nosotros, ajeno a nuestra presencia.

–¡Me cago en su padre!

–A ver si dispara ese tío de una puñetera vez.

Como respondiendo a nuestra impaciencia, el estampido suena lejos, hacia la desembocadura, seguramente en Masiega.

–¡Listo! ¡Se ha levantado la veda!

–¡Chist! ¡Calla la boca!

Levemente encucillados atisbamos el horizonte.

A nuestra izquierda se oye doblar a Pablo Hunolt desde Mano Larga. Al volver la cabeza, divisamos simultáneamente tres rabudos que nos entran en picado. Los disparos se confunden, precipitados:

–¡Pim, pam, pim, pum!

–¡A criar!

–¿Sabes qué te digo?

–¿Qué?

–Que esto no está hecho para nosotros. La verdad es que han entrado a capón.

–Ojo, por mi izquierda vienen cinco.

El primer rayo de sol disipa los vapores de la bruma y se abren ante nuestros ojos la laguna y sus inmensos, dilatados alrededores. Los tarayes atormentados se retuercen en la ribera, de donde llega de vez en cuando el *tiu-bobó* del archibebe. Suenan tiros al norte, al sur, al este y al oeste.

–¡Ya están aquí!

Con el rabillo del ojo veo armarse a mi hijo Miguel y disparar sin transición, en vano. De retirada disparo yo –pim pam– sin mejor éxito; cargamos nerviosamente:

–No se nos da esto, oye. Yo creo que dejamos los tiros cortos o qué se yo.

Mi hijo ríe por lo bajo.

–Si no nos reportamos vamos a hacer el ridículo.

–Yo creo que estamos nerviosos o algo así.

El fogueo es prácticamente ininterrumpido. A mi derecha se cierne una rapaz.

–¿Qué pájaro es ése? Ni se larga ni acaba de entrar. Como se arrime, lo descresto.

–Es un aguilucho lagunero.

–¿Le sacudes?

–Está a mil metros, hombre. Le estamos haciendo el caldo gordo; a la tarde se va a poner las botas.

A medida que el cielo se enciende es mayor la animación. Vuela muy alta una densa junta de porrones. A mi derecha diviso un pequeño grupo de seis. De pronto uno de ellos dobla el cuello y se desploma y, a seguido, oigo la detonación.

–¡Ahí han bajado uno, tú!

–Ya lo he visto, calla.

–¡Estate atento, vienen dos!

Me agacho y apunto a ciencia y paciencia entre los carrizos. Entran de pico, como las perdices en ojeo. Disparo sin calcular la distancia, en vano.

–¡No me lo explico!

–¡Pim pam!

El pelotazo sobre el agua es espectacular.

–¡Eres un tío fenómeno! Dime lo que hay que hacer.

–Apuntar.

El porrón derribado aletea un momento sobre la superficie del agua y queda inmóvil. Es un bulto estimulante en medio de la tersa balsa de agua. Los patos se mueven ahora en todas direcciones. Unos llegan del campo y chapuzan en los lavajos inmediatos; otros levantan de los lavajos en dirección al campo. El pim pam pum no cesa. De cuando en cuando, un pato se desgaja del grupo y cae sobre la laguna.

–Pablo está haciendo carne, oye.

Inesperadamente, tres azulones, invisibles hace un instante, atraviesan a dos metros de nuestras cabezas como ráfagas. Su paso ha sido tan fulminante que no nos da tiempo ni a encañonarlos. A poco, irrumpen cinco paletos de mi izquierda. Es mi hijo quien me los canta. Realizo tres inspiraciones al estilo indio para serenarme y luego me encaro la escopeta, adelanto al primer parro y disparo. El chapuzón me estimula al tomar los puntos al último y, cuando tiro y cae, voceo como un novato:

–¡Doblete! ¡Esto es pan comido!

–¡Calla!, ese se va.

El primero de los dos patos derribados se yergue sobre la bruñida superficie y navega hacia los carrizos de la isla que se alza a nuestro costado:

–¡Tira, tú!

Mi hijo le apunta y dispara. La perdigonada envuelve al pato que, sin embargo, no se inmuta. Mi hijo vuelve a disparar. La rociada de plomos dibuja un círculo en torno al pato fugitivo sin que éste altere siquiera el rumbo. Nerviosamente me encaro la escopeta y doblo a mi vez. Todo inútil. Parece un cimbel.

–Oye, pero es que estos maricones tienen siete vidas.

Los dedos se nos enredan al tratar de cargar deprisa.

–¡Pim pam!

–¡Pim pam!

Finalmente, al décimo disparo, el parro se arruga, aletea y se inmoviliza. Respiro.

–¿Sabes que esto del remate tiene su misterio?

–No me lo explico. Yo creo que lo mejor, si no doblan el cuello al caer, es repetir antes de que toquen el agua. Así los aseguramos.

–¿Tú crees?

–Ya lo has visto.

Entra alegremente un bando de cercetillas y a nuestros disparos quiebran simultáneamente el vuelo y se elevan. Seguidamente, otras tres repiten la misma operación.

–Estas tías tienen su momento.

–¿Cuál?

–Al dejarte ver, se repullan, ¿te has fijado? Es entonces cuando hay que calentarlas. Antes no, ni después tampoco, porque vuelan como centellas. ¡Oye, date cuenta, no está el primer parro que bajaste!

–No fastidies.

Mi hijo vuelve la cabeza:

–Es verdad, tú.

–Lo que faltaba para el duro.

–¡Mira!

Cincuenta metros más abajo, poco antes del feroz destello que el sol arranca de la laguna, se columbra un punto oscuro, sin duda el pato muerto.

–Es curioso esto. El agua parece embalsada y, sin embargo, hay corriente; se ve que no es laguna cerrada.

Instintivamente volvemos los ojos a los otros dos patos que, en efecto, se han desplazado veinte metros en la misma dirección.

–¡Coño, estamos apañados! En la cobra va a ser ella.

–¡Agáchate!

La culada del chico me pone sobre aviso antes que su advertencia:

–¿Qué es?

–Un colorado. Viene muy raso a tirarse. ¡No te muevas!

–Tú tranquilo.

–¡Chist!

–¡Pum!

–¡Frito!

Me vuelvo. El colorado, alicorto, se recupera e inicia la navegación. Soy yo quien primero disparo, sin resultado. Luego mi hijo. Esta vez el remate nos ha costado siete tiros.

–A este paso nos quedamos sin cartuchos.

–¿Cuántos trajiste?

–Cien.

–Estamos aviados.

El aguilucho lagunero no se mueve del sitio. Otea el panorama pacientemente, como si mentalmente anotara el lugar donde caen los patos.

–Oye.

–¿Qué?

–A ver si ese baboso nos come los patos muertos.

Al primero ya ni lo veo.

–No te preocupes.

De pronto se produce un traqueo intensísimo. A la derecha vemos desplomarse dos patos. Muy alta vuela una increíble junta de porrones. A derecha e izquierda se divisan bandos menos numerosos de rabudos.

–Por mi derecha vienen siete, no te vuelvas.

–Pues por mi lado dos, muy lejos.

–Otros tres de frente, tú.

–¡Coño, coño, la que se prepara!

Agazapados aguardamos, el corazón en la garganta. Siguen oyéndose disparos lejanos. Tira mi hijo.

–¡Los dos!

–¡Vaya tío!

Permanezco inmóvil. La pareja ameriza ante mí, a cincuenta metros. Digo sin mover apenas los labios:

–Tengo dos aquí, posados delante de mis narices.

–Que no te vean.

Me acucillo un instante y cuando vuelvo a mirar entre los carrizos han desaparecido.

–¡Oye, que ya no están!

–No digas cosas.

–Te lo juro. Y eran dos bichos hermosos.

–Habrán volado.

–Pero ¡cómo coños van a volar si no les he quitado la vista de encima ni una décima de segundo!

Mi hijo ríe.

–¡Ahí están! –chillo excitado–: ¡Son patos submarinos!

Mi hijo vuelve a reír.

–Déjalos estar, son somormujos.

–¿Y eso es malo?

–Somormujos lavancos; ni malos, ni buenos; no es caza fina.

–Pues tienen buen ver los cacho maricas de ellos.

De cuando en cuando una llamada de teléfono me anuncia que los Alcyon pasarán por Valladolid hacia el norte –desde Madrid. Unas veces van al Valle del Besaya –de donde uno procede– a cazar el jabalí. Otras, a la floresta cantábrica a la becada; otras, en fin, a las lagunas de Villafáfila o del Carpio al aguardo de los gansos o a la becacina. A mí esta diversidad dentro de la más ortodoxa línea cinegética me maravilló desde el primer día. Uno en esto de la caza, como en todo, peca de rutinario. De tiempo atrás ha establecido una jerarquía de valores dentro de la caza menor, que es la que practica, y a ella se atiene mientras el calendario lo autoriza. Quiero decir que, en tanto permanezca abierta la temporada de perdiz, uno no tiene el valor de renunciar a ella, sale a ella, y si cuelga otra cosa no es porque la busque, sino porque la otra cosa insensatamente se metió por medio. En una palabra, mientras la ley no da cerrojazo a la perdiz, a la cuadrilla del que suscribe no se le ocurre ir a torcaces o

a patos. Lo primero es lo primero. Luego, sí, por aquello de que a falta de pan, buenas son tortas. Los Alcyon, en cambio, son más polifacéticos. Los Alcyon me han enseñado que el verdadero cazador (siquiera sea menor) debe huir de la especialización como de la peste. Hay que hacer de todo. De otra forma, ellos –los Alcyon– saben sacar partido de la temporada y conocen los entresijos de todo tipo de caza. Con ellos me he iniciado en la espera de torcazes, el tiro de la agachadiza en los aguazales, el aguardo de la ganga y la caza de patos como es de ley. Para ello, naturalmente, se precisan unos conocimientos que yo no tengo. La torcaz, por ejemplo, apenas asienta unos días en los encinares de Castilla en el mes de octubre, la ganga bebe en los charcos y fuentes y se revuelca en los secaderos en las primeras horas de los días de canícula, la salida a gansos es inútil si previamente no hemos investigado el terreno y hemos dado con el dormitorio habitual... En una palabra, los Alcyon cazan antes con la cabeza que con las piernas y cazan todo aquello que es susceptible de ser cazado... en especial cerca del agua. Aquello de codorniz, perdiz, liebre y conejo como únicas piezas menores cazables no rige para ellos. Tampoco va con ellos la impaciencia. Es cierto que, en ocasiones, Juan Moreno puede meter el acelerador a ciento treinta por una carretera de guijos con el solo objeto de cortar el paso a una avutarda, y aun que todos ellos, en mano, son capaces de devorar el laderón de Las Gordillas en media hora, pero nada de esto es óbice para que a la hora de planear u organizar sepan echarle calma al asunto.

En el mes de marzo de 1967, los Alcyon me avisaron que pasaban para explorar la laguna de Villafáfila. No tenía plan determinado y me fui con ellos, con la vaga ilusión de tirar algún pato. Mas los patos era una remota posibilidad ese día; el objetivo era simplemente otro: otear el panorama y estudiar el medio. Íbamos en dos coches y en la pradera que circunda la gran laguna, por los caminos que la flanquean, empezaron los descubrimientos.

–¡Mira la cigüeña!

–¡Ahí va la pareja de ortegas!

–¡El avetoro!

Nos deteníamos. Reanudábamos la marcha. Reanudábamos la marcha y nos deteníamos; era igual que los pájaros estuvieran posados o que volaran a cien metros de altura; su identificación era inmediata y certera. Los prismáticos se enfocaban en todas direcciones. Yo, que en mi pueblo tengo cierto renombre de pajarero, me sentía disminuido entre aquellos acreditados ornitólogos. Fue, lo recuerdo bien, al rebasar una junquera, en una breve isla de la laguna, donde González Bueno hizo el sensacional descubrimiento. Su voz era ronca, temblona, como si no diera crédito a sus ojos.

–¡Atended! –gritó–. ¡Un combatiente con plumaje nupcial!

Dentro del coche se armó la marimorena:

–¡Para! –chilló Paco León.

Al frenazo en seco sucedió una conmoción general, a la que únicamente yo era ajeno, mechada de exclamaciones, juramentos y protestas:

–¡No le veo!

–¡Coño, quita esa mano!

–¡Trae la máquina!

–¡Qué maravilla! ¿Te das cuenta, el cuello?

Aquel fervor era para mí algo tan desacostumbrado, que dudo mucho que los componentes del club Alcyon, uno por uno, diesen muestras de un nerviosismo más pronunciado el día que ellos mismos entraron en la iglesia ataviados con sus respectivos plumajes nupciales.

Al traqueo de hace un cuarto de hora sucede un gran silencio, durante el cual el rabudo silba, el porrón grazna, la garza trompetea, la gaviota ríe, el avetoro muge, la cerceta carretona chirría, el archibebe modula, de tal modo que la laguna se transforma en una inmensa sala de conciertos.

–Es hermoso esto, ¿no?

–Hermoso.

Al mirar en derredor me altero todo.

–¡Oye, a los tres primeros patos ni se les ve!

–Déjalos quietos, los cobraremos junto al carrizal del fondo; todos juntos.

–¿Y no se los comerá el baboso ese? No les quitaba ojo.

Hablamos sin mirarnos; sin dejar un momento de acechar. Muy altos, diviso por todas partes parejas de patos buscando un lugar recogido:

–Son azulones, ¿no?

–Sí, azulones.

–¿Todos?

–Todos, creo.

–Pues bien emparejados que están. El señor Antiloquio tiene más razón que un santo. Son viciosos. ¡Rediez, qué tíos!

–¡Chist!

–¿Vienen?

–Quieto, no te muevas, más de una docena.

Se oyen dos disparos.

–¡Nos ha fastidiado Paco!

–¡No! ¡Quieto! ¡Vuelven!

De reajo observo al bando. Describe un amplio semicírculo y doblan sobre nuestro puesto. Pican repentinamente hacia el lucio que tenemos delante. Mi hijo y yo, sin palabras, aprestamos las escopetas. Al irrumpir repentinamente nuestras cabezas de los carrizos, los patos tratan de desviarse, pero ya es tarde.

–¡Pim pam, pim pam!

–¡Tres! ¿Hay quien dé más? ¡Coño, qué pronto le hemos cogido el tranquillo al asunto! – reímos.

El fogueo llega de Ojuelos 2, de Mano Larga, de Masiega, de Cañas, de la Tabla de la Era... En rigor, la mañana no da reposo. De cuando en cuando una focha, alelada y negra como una grajeta, atraviesa nuestra zona de tiro. Apenas la miramos.

–Esa mierda no merece un cartucho.

Hay un momento de calma. Un somormujo lavanco pasa delante de mí, en el gran charco que tengo ante los ojos. Las zambullidas son frecuentes y al salir dice *kraorr* y se vuelve a sumergir. A veces demora varios minutos la reaparición y cuando su cabeza y su cuello emergen recuerdan el periscopio de un submarino.

–Oye, ¿y por qué diablos no son finos los somormujos esos?

–Coño, porque son bastos.

—¿Por la carne?

—Será.

Los bandos nos sobrevuelan ahora muy altos y luego se descuelgan sobre los puestos de la desembocadura. Forman en uve, el tren de aterrizaje recogido, tan altos que es difícil precisar la especie.

—¿Sabes qué te digo?

—¿Qué?

—Que los patos se están tirando al puesto de Avial. El cuco de él se ha traído dos cuerdas de cimbeles. No es tonto, no.

En efecto, tras las manchas de Masiega, a lo lejos se escuchan dos detonaciones y, al cabo de unos segundos, otras dos.

—Se está poniendo como un Pepe el tío.

—Bueno, yo prefiero esto, tirar buenamente a los que van y vienen; a mí engañar a los bichos me parece una cabronada.

—Según.

—¡Calla la boca! Cuatro azulones muy bajos por la izquierda, ¿los ves? Vienen derechos.

Miro sin volver a cabeza, con la esquina del ojo, y diviso los cuatro azulones planeando, rasando la vecina isla de carrizos. Antes de poder tomar los puntos se descuelgan con un ruidoso chapuzón del otro lado del cañaveral que ocupamos.

—¡Quiuc!

—¿Los ves? —susurro nerviosamente.

—¡No!

—Deben de estar aquí mismo.

—Cuando tire Paco a lo mejor levantan.

Levantán sin que tire Paco, tal vez porque nos han oído, y a pesar de que cuando fogueamos aún no han tomado velocidad no derribamos más que uno.

—Somos malos, coño, hay que reconocerlo, leche, han salido a capón.

Son las once de la mañana y el sol va cogiendo fuerza. Las entradas de patos son cada vez más espaciadas a pesar de que los pares y los bandos sobrevuelan la laguna sin cesar. Andan con la escama, cosa natural, puesto que la recepción de la laguna esta mañana no ha resultado muy académica que digamos. Pero aún tiramos en varias ocasiones, generalmente, piezas altas, forzadas, y así y todo derribamos cuatro patos más, dos de ellos cercetas. Según corre el tiempo, mi preocupación aumenta pensando en la cobra.

—¿Sabes tú dónde están los patos?

—¿Qué patos?

—¡Coño, cuáles van a ser! Los que hemos matado.

Echamos cuentas. Nos salen catorce pero ni del número tenemos ya certeza.

—Es una leche esto.

—Mira, aquí, en el borde de la isla hay tres; dos veo pero tiene que haber otro un poco más allá. Luego tienes los cuatro que se ven, siete. En esa islilla, a mi derecha, se han enredado dos, uno creo que lo veo, nueve. Y los otros cinco los arrastró la corriente para allá, en el charco grande, vete a saber dónde.

—Ya se los habrá merendado el baboso ese. ¡No se mueve de ahí, el tío!

–No te preocupes, déjale estar.

De la parte de la embocadura llegan ahora unas voces remotas y el *piu-piu* y el *cuej* de las aves alarmadas. –La traca final –dice mi hijo.

–¿Qué traca?

–¿No le oíste a Moncho? Al venir a recogernos volarán las gallaretas para que armemos la guerra.

–¿Las fochas?

–¡Claro!

–Mira, eso no es para mí. Yo voy a encamarme en esos carrizos y así que llegue el señor Antiloquio me das una voz.

Con estos hombres que saben reportarse y tirar una placa antes que una perdigonada, con estos hombres para quienes la aparición de un combatiente con plumaje nupcial es el acontecimiento del año, con estos hombres que saben emitir un silbido que obliga a doblar sobre el puesto a un bando de cercetas, con estos hombres que lo mismo cazan que anillan aves, que censan patos, que sacan estadísticas o que dirigen alarmadas cartas a los periódicos defendiendo a la naturaleza yo no podía terminar de otra manera que como he terminado: escribiendo un libro. Una tarde, tras una cacería, ante la laguna del Taray –querencioso lugar para las anátidas y donde los miembros del club Alcyon han echado los dientes–, entre los quiuc-squic de las fochas y las desconcertantes carcajadas de las gaviotas reidoras, establecimos las bases de nuestro proyecto:

–Tenemos plumas, tenemos fotografías, tenemos conocimientos, ¿a qué esperamos para escribir una obra definitiva sobre las aves acuáticas y su caza?

Mi idea produjo el mismo efecto que si hubiera aparecido en el horizonte un combatiente con plumaje nupcial. Mi entusiasmo inicial –tal vez por ser el más viejo y socio honorario del club– resultó contagioso. Durante dos horas cruzamos ideas, proyectos de estructuración de la obra, sugerencias sobre fondo y forma, posibilidades de edición... Las cosas que allí se dijeron, quitándonos literalmente unos a otros la palabra de la boca, hubieran constituido ya de por sí un sabroso libro. Todo marchaba sobre ruedas hasta que se planteó el problema de la firma.

–Firmaremos Delibes y Alcyon, ¿qué te parece?

–Mal. Yo no pienso adornarme con plumas ajenas.

–Mira, los del club no podernos individualizarnos.

–Eso no quita; cada uno tenéis un nombre cristiano, ¿no?

No hubo manera. Semanas más tarde, reunidos en Madrid con José Vergés, la cuestión se reprodujo. Era curiosa aquella actitud de los Alcyon pareja a la de Fuenteovejuna, todos o ninguno. Esta espontánea asunción de una conciencia colectiva no es frecuente en un país de treinta millones de soberanos como es el nuestro, siquiera cuando el honor ha andado en juego, o ha andado en juego la libertad, el «todos a una» haya movido mucha tinta –y mucha sangre– a lo largo de la historia. Lo que resultaba inexplicable era que la aceptación del anonimato, la sumisión de trece nombres de pila a un nombre genérico, por muy eufónico que éste fuera, la

inmolación de la propia personalidad física a la personalidad moral de una asociación, se llevasen a cabo por razones cinegéticas, con la unanimidad, fruición y entusiasmo con que los miembros del club Alcyon lo imponían.

–Insisto en que a mí no me peta figurar como protagonista.

–Déjalo estar, Delibes y Alcyon, club Alcyon, queda fino no es verdad?

Vergés terciaba:

–Mirad, lo de Alcyon para nosotros tiene un sentido, no lo niego, pero para los lectores, no. Tened en cuenta que los clubs por no saber, no saben ni firmar; son analfabetos los clubs.

Todo fue inútil. Este libro sobre las aves acuáticas lo firmaríamos el club Alcyon y yo. Ahora bien, para mejor orientación de los lectores yo me reservé desde el origen, aparte la dirección literaria de la obra, esta baza que ahora pongo sobre la mesa: desvelar la identidad física de mis compañeros de trabajo, mi conexión con ellos (incluida la incursión frustrada a las judías del Quinito), y el hecho importante de que mi conocimiento de la caza acuática organizada data de hace seis años –esto es, a raíz de mi contacto inicial con los Alcyon–, cuando por primera vez embarqué en el diminuto patache que el señor Antiloquio conducía diestramente con su pértiga por entre los carrizos de la laguna del Taray.

A la luz del día el señor Antiloquio no parece Caronte.

Restalla su tez como si fuera a estallar.

–¿Qué tal pintó? –vocea.

–No podemos quejarnos.

–¿Cuántos bajaron?

–Catorce o quince.

–¿Y finos?

–Todos finos. A nosotros la gallareta no nos da frío ni calor.

La proa de la barca se introduce entre los carrizos y mi hijo y yo saltamos dentro.

–Lo malo ahora va a ser la cobra.

–Deje estar, todo se andará.

Al señor Antiloquio le bastan unas someras indicaciones. Flanquea las islas después de observar la dirección del viento. Tiene un olfato especial el señor Antiloquio. A la media hora hemos recogido trece de los catorce patos derribados.

–El otro se lo habrá comido el baboso ese; no nos quitaba ojo.

–¿El lagunero? ¡Quia! Ese no merienda hasta que no le dejemos solo.

Sobre la laguna, a cien metros, vuela una densa junta de azulones. Por los pasillos de los ojuelos van apareciendo barcas con los cazadores. El señor Antiloquio cía repentinamente con la pértiga y señala el agua con el dedo.

–Miren dónde anda amonado el marrajo de él.

–¿Qué marrajo?

–¡El lucio!

–No lo veo.

El señor Antiloquio introduce la pértiga con cuidado y, súbitamente, se despega del cieno del fondo un enorme pez que huye de nosotros de dos coletazos.

–¿Hay muchos?

–¡Puf! Aquí pescamos lucios a paladas. En mayo, por lo que sea, el lucio entra ciego a la cuchara. Es un animal muy voraz éste.

–¿Y no hace daño a los patos?

La laguna, en el mediodía, es una extensa lámina resplandeciente de una uniformidad sólo quebrada por los sombrajos salpicados de los carrizos. Antes de reanudar la marcha, el señor Antiloquio echa un largo trago de la bota. Al concluir se pasa el dorso de la mano por los labios, asienta la pértiga en el fondo y empuja.

–Se los come –dice de pronto.

–¿Qué es lo que se come?

–Los patos. Se come los patos y se come todo lo que vea moverse por el agua. El lucio, mire usted, por su tamaño o por lo que sea es uno de los peces más hambrones que existen. ¡Buen bicho este! En la cría causa estragos, ya ve usted. Pato chico que ve en el agua, de seguida sale por él. Y lo mismo con las ranas o con los topos, no crea. Yo me pienso que en tratándose de comer este pescado no distingue, no tiene gusto, vamos; el caso es llenar la andorga. Es muy hambrón, pero que muy hambrón este pescado. Y claro, en habiendo comida, pues a ver, se sujeta en estas aguas. Es como los parros y como todo. ¿Se va usted a vivir al desierto?

Allá, a lo lejos, el pequeño embarcadero hierve de animación.

El señor Antiloquio sonrío.

–El señorito Moncho –dice– cobró hoy un porrón osculado. Nunca se sabe dónde va a estar la suerte.

–¿Y es raro eso?

–¿Raro? Mejor diría usted que es un casual de los de uno entre millón. Si yo le dijera que es el primero que veo por estas aguas, y va para los sesenta y tres que abrí los ojos, tal vez lo comprenderá mejor. El osculado, por lo que sea, no viene por aquí. Se queda por las Suecias esas, allá tiene su querencia y allá se las apaña. Por lo que sea, no lo sé.

Hay un profundo silencio. Al cabo, desde el embarcadero, a cincuenta metros, llega la voz de Paco González Bueno:

–¿Qué tal?

–Vaya...

A la distancia en que estamos ya se divisa a Ramón Coronado clasificando a las víctimas por especies. A su derecha, un grupo discute acaloradamente. No parece que se pongan de acuerdo. Paco León vocea:

–Javier, con sus cimbeles, ha cobrado él solito dieciocho finos.

–¡No está mal la percha!

Somos los últimos en llegar. En el muelle hay de todo, como en botica, desde el que se jacta de haber hecho tres dobles al que dice que sufrió un puesto de castigo y no disparó la escopeta. La llegada del señor Antiloquio resuelve la discusión.

–Vamos a ver, señor Antiloquio, le estamos aguardando; aquí nadie se pone de acuerdo. ¿Quiere usted decirnos qué clase de pato es éste?

El señor Antiloquio adopta la gravedad de un doctor en trance. Toma al animal de un ala, luego de una pata, después de la otra ala, le mira el pico, los anillos traseros, en medio de una expectación anhelante.

–Miren ustedes –dice al fin, sentenciosamente–, aquí no llevan razón ni los unos ni los otros; el bicho este ni es azulón ni es cuchara. Este bicho es lo que decimos aquí un pato pío, o, para que mejor me entiendan, un animal enraizado de paleta y azul.

El sol en la vertical deja sentir su peso y, arma al hombro, charlando en pequeños grupos, nos encaminamos a la casa.

REPORTAJE

La catástrofe de Doñana

Con frecuencia he advertido que los visitantes del coto de Doñana salen defraudados. El visitante, evidentemente, espera otra cosa. En rigor, lo que el visitante de Doñana espera del coto, por regla general, es un parque zoológico bien montado, cuando nada hay más lejos del espíritu que guió a la constitución del coto que un zoo. El zoo viene a ser una vitrina del mundo animal y, por consiguiente, el puro artificio, la absoluta negación de la naturaleza y la libertad, mientras que Doñana no es sino un rincón del mundo donde el hombre, deliberadamente, se ha vedado toda participación. Las cosas pasan allí sin que el hombre las provoque, esto es, sin su intervención. Doñana es una muestra de lo que podría ser el mundo sin el hombre, mejor dicho, sin que el hombre imperase en él. Entonces resulta que Doñana puede mostrarnos muchos bichos o puede mostrarnos pocos (dependerá, pienso yo, de días y aun de horas) y, a lo mejor, resulta que lo que más nos impresiona de la visita es ver al zorrillo *Zosty* acudir a nuestra llamada, o las zalemas que nos hace un meloncillo cautivo para que le rasquemos la tripa o, lisa y llanamente, observar la indiferencia glacial, la desdeñosa actitud ante el hombre de los dos lince alojados frente a palacio. Sin embargo, esto es, para mí, lo que no es el coto. O sea, a mi entender, el coto es la libertad o, si se prefiere, el equilibrio natural de las especies en un medio silvestre. Es claro que muchas veces el mantenimiento de este equilibrio –las luchas y los pactos– no se manifiesta al primero que llega. El visitante sí puede contemplar las colonias de espátulas en los viejos alcornoces, o el ir y venir de tarros, azulones, cigüeñas y otras especies acuáticas en lucios y salinas –no digamos en plena marisma–, o sorprender la mirada vigilante del ciervo o del gamo entre la moheda de la reserva. Por lo demás, el asentamiento de ésta, su topografía, no es de una brillantez excepcional; yo diría que es más bien monótona. Y no me refiero a los marjales de la marisma, forzosamente monocordes, sino a la maraña, donde fuera de las atalayas de pinos y alcornoces, no demasiado abundantes, se entremezclan lentiscos, jaguarzos, aulagas y madroños en una vegetación de media altura, muy densa e inextricable. En este medio, en un suelo arenoso, flojo, sin diferencias de nivel, se desarrolla esta experiencia de vida natural. ¿Y cuáles son los resultados? Es claro que uno no está preparado para exponerlos. Sin embargo, para un hombre cazador, la visita a Doñana –fruto del tesón, del entusiasmo ornitológico de José Antonio Valverde y un grupo de amigos– es sorprendente en no pocos aspectos. Por ejemplo, la abundancia de perdiz. Otro ejemplo: la escasez de raposos. Para mí, cazador mesetero, los pares de perdices que he visto en Doñana, que han sido muchos, no tienen fácil explicación. De siempre he creído que la perdiz roja era pájaro de tierras abiertas, rayanas a una ladera abrigada o un carrascal, con abundancia de grano y un piso áspero, pedregoso, de greda o yeso. No obstante, ninguna de estas circunstancias se dan allí. O, por mejor decir, las condiciones topográficas de Doñana son exactamente las opuestas a las enunciadas: suelo mollar, inexistencia absoluta de grano, paisaje

cerrado, llanura ilimitada. Esto quiere decir que yo estaba confundido al configurar el hábitat ideal de la patirroja, o que la patirroja se ha equivocado al instalarse en la reserva de Doñana. Y, sin embargo, sobrevive y se multiplica, como vive y se multiplica el conejo, hecho aparentemente paradójico, en un arcabuco donde dominan físicamente las águilas, lince, milanos, lechuzas y tejones, lo que nos induce a pensar que, dentro de un equilibrio natural, la proliferación de caza no está reñida con la abundancia de predadores.

Algo semejante ocurre con el raposo. En las docenas de kilómetros que he recorrido en el coto, de día y de noche, no he visto un solo zorro, y, sin embargo, el medio natural, fosco y abrigado, sin más claros que los caminos de arena, notable abundancia de pájaros y conejos, no podría ser más propicio para su propagación. ¿Qué sucede? ¿Qué secreto resorte, en este asombroso mundo de la ecología, le pone freno? ¿Es el jabalí? ¿Es el milano? ¿Es el águila imperial? ¡Vaya usted a saber! Por el momento, los expertos atribuyen la escasez de raposos a la fuerte densidad de lince.

La naturaleza es un profundo misterio. Y ante este misterio, millares de hombres en el mundo se sienten fascinados. Mis lectores se sorprenderán si afirmo que de mi reciente visita al coto de Doñana lo que más me ha llamado la atención es la comunión perfecta del hombre con el medio ambiente. La joven D., norteamericana, se instala en la torre de observación antes del alba y no desciende hasta entrada la noche, después de anotar cuidadosamente las salidas y regresos al nido del águila imperial y los alimentos que porta para sus crías. El sueco R., que llegó de Estocolmo en bicicleta, con un enorme macuto a la espalda, no dio la menor muestra de contrariedad cuando el guarda le advirtió que necesitaba un permiso especial de Sevilla para entrar en el coto; al contrario, sonrió y se dispuso a recorrer los doscientos kilómetros de propina –entre ida y vuelta– sin darle mayor importancia. El biólogo británico W., casado con una china y con un hijo de pocos meses, pasa un año en la reserva, entre el cielo y la tierra, estudiando las costumbres de la urraca. El fotógrafo sevillano C. lleva desplazándose al coto más de treinta noches para conseguir una buena fotografía de un lince en libertad. Para estos hombres no rigen las torpes normas de nuestra sociedad de consumo. Parecen seres al margen. Doñana es el único lugar de España donde uno llega a sabiendas de que allí no hay nada que comprar. El ingreso en palacio –la gran casona aislada en el centro de la reserva, sin luz eléctrica, donde Alfonso XIII se alojaba durante sus monterías– tiene algo de rito monacal. La austeridad de la casa, las comidas comunitarias, la identidad de vocación, crean entre estos hombres un vínculo casi religioso. Las normas de vida, donde el sol suele marcar el ritmo, son prácticamente cenobíticas. Viendo a estos hombres, sin prisas, ajenos a todo espíritu competitivo, liberados de la ambición crematística y de la atracción por los objetos que es la tónica de nuestro tiempo, uno se convence de que el progreso, lo que entendemos los hombres del siglo por progreso, lleva un rumbo equivocado. Estos seres han reencontrado, en el ascetismo y el amor a la naturaleza, un sentido para su vida. Y en ella florecen virtudes como el humanismo, la comunicación, la ayuda mutua, arrumbadas hoy por el progreso tecnológico y el consumo. El reencuentro con las formas de vida primitivas es el reencuentro con el hombre. Doñana es una reserva natural donde el hombre tiene su sitio, que no es ciertamente el de mamífero dominante, sino un eslabón más en la cadena ecológica. El coto de Doñana es un islote al que apenas perturbaban hasta hoy el número creciente de visitantes y el trepidar de los motores –tractores, jeeps– por los caminos.

Ahora a Doñana trata de ponerle cerco el progreso (?). Es una paradoja inadmisibile que una urbanización y una autopista aspiren a cortar la salida natural de la reserva al mar y, aún más, que aquélla organice su propaganda sobre la base del medio natural en que va a ser asentada. ¿Es que puede aliarse el medio natural con una urbanización, quintaesencia de los errores de la sociedad moderna, obstinada en degradar el paisaje? ¿Cómo aceptar que este enclave urbano –con sus luces blancas, sus hoteles, sus rascacielos, sus clubs, sus riadas de automóviles y sus estridencias– vaya a asumir los atractivos de la naturaleza circundante? ¿No ocurrirá a la inversa? ¿No se resentirá Doñana –la naturaleza pura y simple– de la trepidación y el artificio que comporta una comunidad de este tipo? Por de pronto, muchas voces y muy sensatas se han alzado contra estos proyectos en curso, solicitando un alto en las obras, advirtiéndolo sobre el detrimento que a la naturaleza pueden ocasionar. Es una vez más el duelo entre idealistas y especuladores que encuentra un clima idóneo en las sociedades neocapitalistas, duelo terrible, cada día más tenso, en el que aquéllos llevan la peor parte. Mas yo creo llegada la hora de una reflexión a fondo sobre el sentido del progreso y el desarrollo de este país. Los españoles nos hemos emborrachado de divisas. No pensamos sino en el provecho inmediato, en el dinero fácil. Andamos obcecados con el «milagro español» y no queremos advertir que traducir a pesetas todos los valores, antes que un milagro es un solemne y monumental disparate. Hay infinidad de cosas –la reserva de Doñana, pongo por caso– que no pueden ser medidas en dinero.

Creo que todavía no hace tres meses que emborroneé las cuartillas que anteceden a cuenta del coto de Doñana. Entonces me preocupaba que una reserva de vida natural como ésta estuviese a punto de ser encorsetada por una urbanización y una autopista, o sea, la quintaesencia del artificio técnico. En España somos un poco cicateros. Si en lugar de los miles de kilómetros de litoral de que hoy disponemos, dispusiéramos del doble, seguiría causándonos reconcomio dejar una docena de kilómetros para los animales pudiendo alojar en ellos unos centenares más de turistas. Cicateros e insaciables, así somos. ¡Qué le vamos a hacer! Pero el caso es que cuando el delicado pleito entre científicos y especuladores aún no se ha dilucidado o, por mejor decir, está en todo su apogeo, se presenta en Doñana un nuevo problema que viene a demostrar que, en la segunda mitad del siglo XX, hablar de reservas naturales es pura quimera, supuesto que la mano del hombre, sus ingenios y combinaciones químicas, alcanzan a todas partes. Quiero decir que a Doñana ha llegado el veneno de los pesticidas, no se sabe si por el aire o por el Guadalquivir, y ha liquidado en ocho o diez semanas treinta o cuarenta mil patos y aves de marisma y una cifra indeterminada de fauna subacuática, entre otras especies las anguilas, tan codiciadas en esta zona.

En Sevilla, de donde acabo de regresar, la noticia ha causado auténtica consternación. Sevilla –y, en general, toda Andalucía– es ciudad muy pajarera. El andaluz es pueblo canoro por naturaleza; ama todo lo que canta y canta él mismo. A quién le canta el andaluz no es un problema, ya que si las cosas marchan, entonará una copla a la novia o a la madre, y si no marchan, al hambre o a la suerte perra. El caso es cantar. Esta afinidad entre hombres y pájaros se ha traducido ahora en indignación. El taxista que me llevó a hacer el obligado recorrido sentimental sevillano me decía, muy seriamente, que los pájaros tenían en la ciudad más entusiastas que el fútbol. Esto se me antoja una afirmación muy optimista, pero el hombre, para demostrármelo, me condujo a un mercadillo dedicado exclusivamente a aves canoras. Allí se venden, se compran y se permutan pájaros. Es una especie de bolsín donde se intercambian anécdotas y consejos y se

vende todo lo relativo a aquéllos. Al reanudar la marcha y confiarle que mi meta era Doñana, me dijo: «Ya ve lo que está pasando allí; hoy nos han matado a los pájaros; mañana nos matarán a nosotros». El taxista sevillano creo que puntualizó muy sabiamente. El hombre, en su avidez de progreso, ha puesto en marcha una serie de cosas cuyo envés desconoce. A estas alturas es difícil que las fuerzas que ha desatado pueda, llegado el caso, volver a atarlas. Pasear por las marismas de Doñana durante esos días nos lleva a este convencimiento. Existe concretamente una zona en el cuartel de Las Nuevas, al este de Isla Mayor (una extensión de marisma de cinco kilómetros de longitud por dos de anchura), que es un gigantesco pudridero de aves. El pájaro suele tener un pudrir higiénico, no hiede, pero en la actualidad, los cadáveres son tantos que la marisma trasciende. En torno a la casa del guarda de Las Nuevas, las víctimas se arraciman –hasta ocho o diez por metro cuadrado– en las pequeñas radas de los lucios. Mas si uno tiene la curiosidad de introducirse entre los carrizos y espadañas y hurgar en ellos, observará que los cadáveres se multiplican. Hay patos –muchos– que han tenido el pudor de esconderse para morir. En una hectárea de estos pagos se han contado alrededor de setecientas aves muertas, lo que quiere decir que de mantenerse la misma proporción, las víctimas ascenderán a setenta mil. Sin embargo, al sur de los lucios, que aún en esta época permanecen inundados, la densidad decrece, por lo que la cifra más razonable parece la transcrita más arriba.

Luego, en los lavajos, están los patos moribundos, aves tristes, resignadas a su suerte, en una agonía poco espectacular. El ave, en trance, no sufre espasmos ni convulsiones: muere simplemente. Mas no hay nada tan paradójico como la tristeza de los pájaros, su entrega sin resistencia. Barzoneando entre la marisma, no he sentido la satisfacción de levantar un pato, lo que quiere decir que en Doñana, actualmente, a punto de ser invadida nuevamente por los ánsares nórdicos, ya no hay pájaros para morir. Todos los que veranearon en la marisma y las nidadas de primavera han sucumbido a la acción del veneno. Esto supone que, hasta el día, el desastre de Doñana, por el número de aves acuáticas sacrificadas, no tiene precedentes en los anales de los crímenes ecológicos de la humanidad. El naufragio del petrolero *Torrey Canyon*, hace tres o cuatro años, que produjo las mareas negras de que tanto hablaron los periódicos, ocasionó, en superficie, veinticinco mil víctimas, principalmente gaviotas, alcas y corvejones. Los del *Tampico Maru* y del *Witwater*, no alcanzaron, ni con mucho, tan abultada cifra. De esto se deduce que los humanos, en nuestros descuidos y nuestras imprudencias químicas, vamos a más. El hombre olvida que, al nivel científico y técnico alcanzado, ya no puede permitirse el lujo de incurrir en descuidos. Nuestros abuelos podían dejar el candil encendido o derramar a destiempo el estiércol sobre su huerto. A lo sumo, podrían destruir su casa en un incendio o perder la cosecha. Nada más. Hoy, un descuido –tengamos presente la bomba de Almería– puede desencadenar una hecatombe. Las consecuencias de cada movimiento del hombre deben estar previstas y no debe ser ejecutado éste sin adoptar antes todas las precauciones.

Con el correr de los días, la catástrofe ecológica de Doñana brinda perfiles más inquietantes. Al parecer, varios perros que han ingerido aves contaminadas han muerto. Al propio tiempo, el guarda de Las Nuevas informa de la muerte de media docena de vacas que pastaban en la marisma, por causas desconocidas. En la estación ecológica de Doñana se hablaba estos días de la muerte de una piara de cerdos el 2 de septiembre, cuatro días después de que una avioneta sobrevolara la marisma fumigando algo. Incluso se cuenta –no he podido confirmarlo– que el porquero sufre quemaduras y otro marismeño está hospitalizado. Todo esto demuestra que mi

amigo, el taxista sevillano, no iba descaminado. El veneno vertido en los arrozales que lindan con el coto por un brazo del Guadalquivir es, a lo que se ve, de una terrible virulencia. Basta echar un vistazo a la literatura que acompaña a las latas halladas en la marisma para echarse a temblar. Y no hablo de la composición –triclorofenoxil y ácido de éter de butilflicol–, que a mí me dice poco, sino a las precauciones a adoptar en su manejo y que se acompañan de una calavera con las consabidas tibias cruzadas por detrás. He aquí el texto: «Fitoprop X. Mantener el producto fuera del alcance de los niños. No contaminar aguas, alimentos, ni piensos. Lavarse bien y cambiarse de ropa después de efectuar el tratamiento. En caso de intoxicación, avisar al médico; si se ha ingerido el producto, provocar el vómito. No hay antidotos; aplicar terapéutica sintomática y barbitúricos. Contraindicaciones: leche y grasa». Como observará el lector, es preferible columpiarse en un cable de alta tensión que manipular un bote de Fitoprop. La televisión británica ha exhibido en su información sobre el desastre de Doñana esta cartela, tal vez para convencer a los ingleses de que un pueblo tan imprudente como el nuestro no haría un uso razonable de Gibraltar.

Pero es hora de que nos preguntemos: ¿Cómo es posible que un tóxico activo como el Fitoprop X sea utilizado frívolamente en nuestros campos? ¿Puede un granjero (o un servicio) rociar impunemente sus siembras con un pesticida clorado en 1973? Tengo entendido que hace pocos meses una disposición oficial vino a prohibir el uso de estos pesticidas en la agricultura digamos alimenticia: cereales, vides, alfalfa, arroz. Esta disposición vino después de que Estados Unidos proscribiera el empleo del DDT en su país. Mas los norteamericanos, antes mercaderes que proteccionistas, exportaron los excedentes a bajo precio en lugar de destruirlos. España, si no me equivoco, fue uno de los países que se aprovecharon de estos precios de saldo. Entonces ya conocíamos –y conocía cada quisque– su toxicidad. Si esto se hizo así, fue una imprudencia temeraria. Y, en todo caso, sigue siendo una imprudencia temeraria distinguir entre agricultura alimenticia y agricultura industrial. Conforme a este distingo –que pretende proteger a los bípedos implumes y a la fauna de cuatro patas–, si en la marisma del Guadalquivir se cultivase algodón en lugar de arroz, sería legal el espolvoreo o rociamiento de pesticidas tóxicos. Es decir, la catástrofe de Doñana, en este supuesto, hubiera sido una catástrofe rubricada con todas las bendiciones. Advierto que no soy un experto en legislación agraria y puede ser que la reglamentación de herbicidas y plaguicidas no sea exactamente así. Pero, por si acaso, bueno será recordar algo que, fuera de las mentalidades decimonónicas, ya conoce todo el mundo, a saber, que el veneno esparcido en un campo, aun siendo diseminado con todas las precauciones, no queda ahí, no puede ser localizado por unas vallas o unas balizas. El viento, el agua de riego, las escorrentías lo arrastran, con lo que los efectos secundarios, en predios y aguas inmediatas o alejadas, son literalmente imprevisibles e incalculables, pero, por supuesto, nada buenos.

Y no digamos nada cuando estas fumigaciones se llevan a cabo desde avionetas (y en los arrozales del Guadalquivir estos artefactos actúan, según me han dicho, con alguna asiduidad). En estos casos, los riesgos se multiplican. Hace cinco años, en 1968, en un campo de experiencias de armas químicas, en el mormón estado de Utah (USA), se originó una catástrofe ecológica de perfiles similares a la que ahora lamentamos en Doñana. ¿Cómo había llegado el veneno a cincuenta kilómetros de donde se lanzó? Simplemente el cono de proyección del avión fumigador fue más amplio al ser mayor la altura a que voló que la prevista, pero por encima de esto actuó la

meteorología, esto es, los vientos esparcieron gotitas microscópicas del veneno, que aspiradas por una nube fueron depositadas en forma de nieve en las laderas de los montes Stansbury, donde pastaban los rebaños.

El «prohibido jugar con fuego» de nuestros padres ha pasado en pocos años a ser una broma ingenua. El fuego es algo conocido, limitado, visible y hasta controlable. Lo arriesgado en nuestros días es jugar con la química, soltar, aquí o allá, en campos cultivados o yermos, pesticidas clorados, organofosfatos o isótopos radiactivos; hablando en plata, veneno. Porque esto de la contaminación —que los españoles asumimos con humor impropio y ciertas dosis de reticencia— es no sólo un hecho, sino un hecho muy grave, tal vez el más grave con que hoy se enfrenta la humanidad. En este sentido, veo lo único positivo que deriva del desastre de Doñana: la sensibilización de la masa; el hecho de haber abierto brecha en el escepticismo popular para hacer ver a las gentes que todo eso del equilibrio ecológico y la necesidad de preservarlo no es un problema de especialistas ni un fruto de la «histeria» de algunos periódicos. La contaminación está ahí y, en una u otra forma, nos amenaza a todos.

Por lo demás, la cuestión estriba ahora en que la catástrofe no se repita y en la incógnita respecto a la duración de los efectos. En lo que atañe al primer punto, es obvio que, en pequeña escala, Doñanas hay todos los días en España. Los peces del Najerilla, del Rudrón, del Eresma se están muriendo ahora mismo. Los del Oria y el Bidasoa hace tiempo que desaparecieron. En el Pisuerga, raro es el año que alguna factoría de ribera no arrasa los barbos y las carpas que empiezan a rehacerse tras la última calamidad. A lo que se ve, el desarrollo, para los españoles, consiste en convertir los ríos en cloacas. Es preciso vigilar y sancionar. Pero no con sanciones simbólicas, que se calculan previamente en el presupuesto y hasta son compensadoras, sino con castigos que hagan daño. Resulta incongruente que en una legislación como la nuestra, tan extremadamente dura para los delitos contra la propiedad personal, los delitos contra la naturaleza, propiedad de todos, queden impunes. La química y la técnica moderna imponen la actualización de nuestros códigos y nuestras leyes. Respecto al segundo extremo, la duración de los efectos del veneno vertido en Doñana, poco cabe decir. Por el momento, los primeros inmigrantes del otoño han sucumbido también. El doctor Valverde, director del coto, confía en que las grandes mareas de finales de septiembre y las lluvias otoñales laven los lucios afectados. El dilema estriba en si no se anticiparán los ánsares escandinavos que, cada año, suelen llegar a millares por estas fechas para establecer en las marismas sus cuarteles de invierno. De ahí el interés despertado por el desastre en los países nórdicos. Suecia, Noruega y Dinamarca son también pueblos muy pajareros. De los gansos, particularmente, tiene el nórdico un concepto mítico y reverencial. El retorno de los gansos —como en nuestros lares el de la cigüeña— es para ellos heraldo de primavera. La literatura nórdica —como Doñana antes de la hecatombe— está llena de ánsares. Los escandinavos se preguntan ahora —como nos preguntamos los españoles— si Doñana será o no la tumba de sus gansos. Pero para conocer la respuesta no queda otro remedio que esperar.

La naturaleza amenazada

Miguel Delibes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 1976, 1996 Miguel Delibes y Herederos de Miguel Delibes

© Editorial Planeta, S. A. (1976, 2018)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018
ISBN: 978-84-233-5421-4 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com



 La naturaleza
amenazada Miguel
Delibes

DESTINO